



EL DÍA DE LA ASCENSIÓN

Dib. BASILIO.—Madrid

ELLA.—Traigo los zapatos sin plantilla, y me hacen un daño horrible. ¡Imposible seguir subiéndol
EL.—Igual me pasaba a mí en la oficina cuando me pusieron plantilla no pude ascender.

CREMA RECONSTITUYENTE

LIDA

ES UN PREPARADO ÚNICO
PARA LA BELLEZA DEL CUTIS,
CON PROPIEDADES MARA-
VILLOSAMENTE CURATIVAS
Y RECONSTITUYENTES



DEPOSITARIO

URQUIOLA  MAYOR, 1

MADRID

En estos días es cuando
más indicado está el uso
de los famosos

POLVOS INSECTICIDAS

DE

LEYER Y COMPAÑÍA

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE



LA LEY SECA

De una fotografía obtenida con los rayos X recientemente en América del Norte.

(De Punch, de Londres.)

CUPÓN correspondiente al número 90 de BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

16. — De mímica exagerada.

POR NORTE SUR ESTE

17. — Del «Quijote».

- ¿Has podido leer esa *dos-prima*?
- Sí; me la hizo comprender *cuarta-tercia*.
- ¡Que los *prima-cuarta* te sean propicios!
- ¡¡Vaya frascecita en labios de una *todo*!!

18. — De geometría y de marina.

- HABITACIÓN DE
- SOLÍPEDOS

13. — Frase de buen cristiano.

ES TODO TABACO

14. — Para patos.

NENE
MALLA
CERO

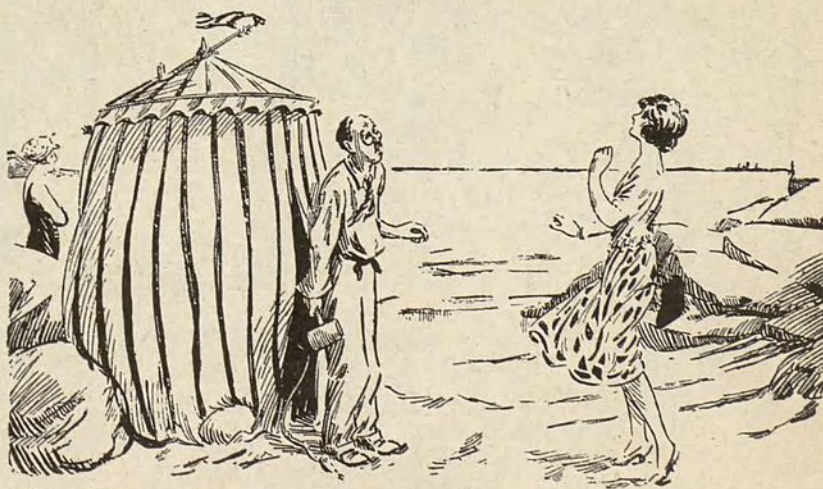
Para las condiciones de este Concurso, véase nuestro número 88.

CUPÓN NÚM. 3

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de agosto.

15. — Gente de indumentaria.

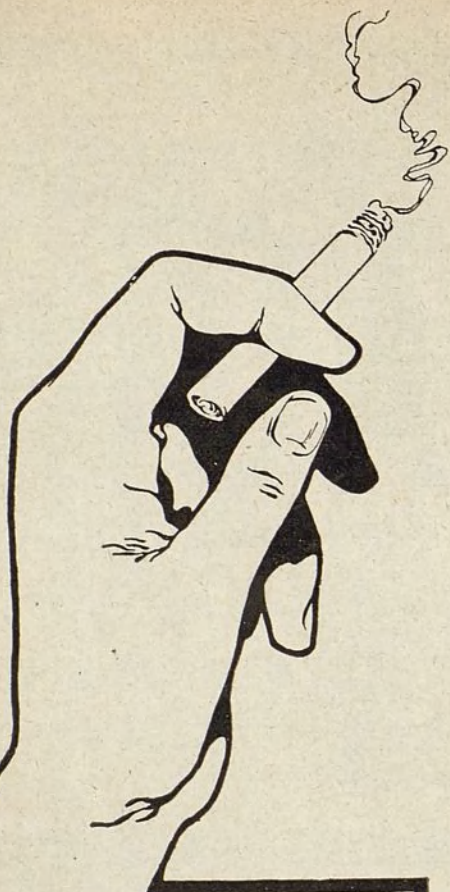
MERIDION
UNO
EL SEGUNDO NON



EL MARIDO. — Como ves, ya he emplazado la tienda; pero me he dado un mazazo al poner esa banderita tan mona...

LA MUJER. — ¿Banderita, Jorge? ¡Si es mi nuevo traje de baño!

(De The Humorist, de Londres)



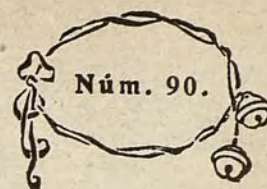
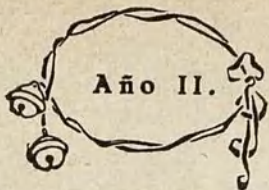
El peor enemigo
de los dientes:
EL TABACO
que los ensucia
y produce mal olor
en la boca.



El mejor amigo
de los dientes:
**LA PASTA
DENS**
que los blanquea y
perfuma la boca.

Use usted todas las mañanas la
PASTA DENS
y tendrá la boca fresca y sana.

Tubo 1.50 en toda España.
PERFUMERIA GAL-MADRID



ESCENAS BATURRAS LA ENMIENDA DE VETURIÁN



PILAR (zarandeando a su marido como a un pelele). — ¡Retoño! Recondenáu. ¿Te paez a tú que son estas horas de venir? ¡Y de qué trazas! Naa, que está visto que tú sólo sabes vevir infláu como los boticos: cuando no de aire, de vino... ¡Mala presona, borracho, más que borracho! Nosotros sin cenar, y tú harto de carne como un cuervo... Nosotros bebiendo agua clarica, y tú más zorro que bota llena... ¡Y miátele, qué trazas! La faja a rastras, el pañuelo con cola como los langartos y la camisa color de mostillo!... ¡Aguarda! ¿Ande t'has quemau las trenzaderas de las apargatas?... ¡En la tabierna, de seguro!... Y que no habrán teniu comedia con tú. ¡Poca sustancia, apatusco, morros de mostillo!... ¡Habla, hombre, habla! ¿No te das vergüenza de presentarte en ese estáu?...
VETURIÁN (para sus adentros). — ¿Estáu?... ¡Estoy, estoy! Y lo que estaré, si Dios no pone remedio...
PILAR. — ¿No sientes a los zagagles? ¡Ahí los ties, echáus ende ayer en la cama, con los budillos más limpios que pa hacer chiretas!... ¡Milagro que lloren! Callar, mocetes. (Con sorna.) No sus apuréis, que aquí está vuestro padre, pa sacaisus el hambre... y la piel de un estacazo... ¡Esperaisus, que voy a cocersus la rabosa que os ha traí! Pero, ¡retoño!, ¿t'has quedáu mudo? ¿U es que tu cuerpo está como un laco, que no siente más que el bullir del vino?
VETURIÁN (volviendo a la realidad). — ¿Pero hablas con yo?
PILAR. — ¡Otra qué Dios! Asíentate, probetico... Si no te pues tener...
VETURIÁN. — ¿Y qué quies que te diga? Lo que iba icite, me lo has conociu tú.
PILAR. — ¡Borrachol

VETURIÁN. — Mia, ¡no me faltes!, que yo no estoy borracho..., ¿eh?

PILAR. — Pues ¿cuándo lo está un hombre?

VETURIÁN. — Cuando no se puee tener ni echáu...

PILAR. — ¿Y tú te ties?

VETURIÁN. — Agarrándome a las paredes...

PILAR. — ¡Qué perdición de hombre!... No; si me tengo yo la culpa...

VETURIÁN (agarrándose a ella, de primera intención, para acariciarla. Luego, como se le va la cabeza, para no caerse posándole las manos torpemente). — Mia, lo mesmo pensaba yo de carras pa casa... Tú ties la culpa... Me dices

unas cosas tan majas, y aluego me cuidas con tanto mimo..., mesmamente que si estuviera malico, me arropas tan bien en la cama... (agarrándose con más fuerza), que le dan a uno tentaciones de no estar nunca claro...

PILAR. — Suelta, burro, que apretas masiáu...

VETURIÁN. — Si es de tanto como t'a precio...

PILAR. — ¡Suelta!

VETURIÁN. — No, si no quieo soltate... Oye, Pilara, ¿estás carrañosa con yo?

PILAR. — ¡No hi de estalo! Tos los sábados lo mesmo...

VETURIÁN. — No, tú no estás carrañosa, tú quies a tu mariu...

PILAR. — Sí; lo quiero es-tozáu...

VETURIÁN. — Pus como m'a-sueltas, lo consigues... (Cayéndose.)

PILAR (sosteniéndole). — ¡Que te vas a matar!

VETURIÁN. — ¿Ves cómo lo sientes?... Si un mariu como yo hace mucha sombra...

PILAR. — ¡Mala!

VETURIÁN. — Güeno; poresta vez, pase, ¿estamos?

PILAR. — Sí, sí...

VETURIÁN. — Te lo prometo... Mia, cuando veas que vienen Soperas, o el Tuerto, o Pepón, el de la Garza, que son los que mi tientan, de un cantazo les chafas los morros... No les dejes entrar, porque yo soy débil, el vino güeno y cabece-ro, y aluego las garras se cansan de teneme...

PILAR. — Por yo no entrarían; pero ya te cuidarás tú de buscarlos...

VETURIÁN. — ¿Quién, yo? Ahora va de veras, Pilara. Mia, si te engaño, premita la Virgen del Pilar que tu madre viva muchos años...

PILAR. — ¡Qué agudeza!

VETURIÁN. — Y que vaya al cielo y yo me la trepuce allí: las tres cosas que más malo me sabrían...

LA SUEGRA (que acaba de



Dib. SILENO. — Madrid.

oírlo, entra hecha una furia). — ¡So faicioso, granujal... ¡Que en cuanto bebas un cantaro de más la haigas de tomar con yol... ¡Premita la Virgen que te veas como el cáñamo de las alpargatas: arrancáu, mojáu, hervíu, maláu, quemáu, mordiú, trenzáu, pisáu, estrozáu y cambiáu por sardinas a un quinquillairel...

VETURIÁN. — ¡Y usted, como las uvas: cortá por el cuello, pisá, cocia, prensá, cocia pa espíritu y quemáu pa haceme un buen ponche caliente cuando esté resfriáu!..

PILAR. — Pero madre, si no es él, ¡es el vino!..

LA SUEGRA. — ¡Si, defiéndelo tú, garza, más de garzal... (Llorando) Cría cuervos...

VETURIÁN. — Así diz que lloran los corocodilos...

(Escándalo colosal: sillas por el aire,

candilazos, gritos, imprecaciones... Pilar se lleva arrastras a su marido, mientras los chiquillos, descalzos y desnudos, atruenan la casa con sus lloros.)

VETURIÁN (cantando una jota, coreada con sonoros eructos):

«Si me daran a escoger
entre mi suegro y mi suegra,
¿sabes lo que elegiría?
¡Pus colgame de una cuerda!...»

AL OTRO SÁBADO

PEPÓN, EL DE LA GARZA (desde la puerta de la calle, a grito herido). — ¡Señá Pilaral...

PILAR. — ¿Quién va?

PEPÓN. — ¡Echele el camastru a su mariú, que lo traímos con más sueño que el yeso morrano...

PILAR. — ¿Qu'ha pasáu?

PEPÓN. — Que apostamos a limpiar un tonelico de diez cántaros que tie el Chato en su tabierna..., y a su mariú l'ha dau sueño...

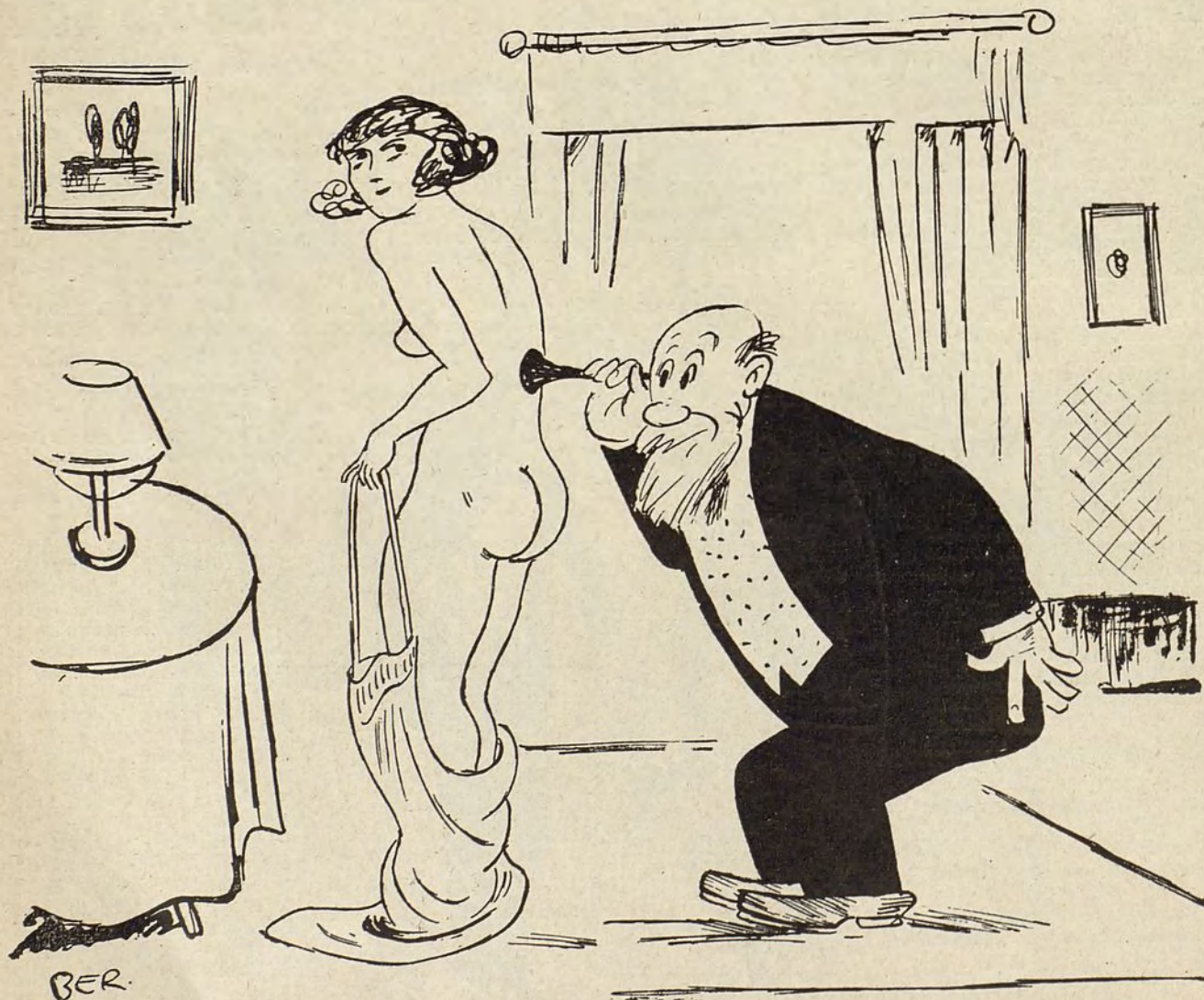
EL TUERTO. — ¡No ha bebiu apenas!... No crea usted que está zorro... Total, cántaro y medio no pue habele dañáu...

LA SUEGRA (indignada). — ¿Pero lo ves de esas trazas y le abres la puerta?

SOPETAS. — Calle usted, agüela. ¡Si ha bebiu pa borrar la maldición que le tiró a usted el sábado pasáu!... Alcuérdese de lo que dijo que premitiese Dios si volvía a enzorra-e... Así, como s'ha enzorráu, se cumplirá aquello: que viva usted muchos años, que vaya al cielo y que se lo trepuce allí a Veturián...

PEPÓN. — Como usted ve, no ha bebiu pa su divirsió, sino pa la salú de usted..

ENRIQUE GONZÁLEZ FIOLE



— No hable usted, señorita; contenga la respiración...

— ¡Comprendido!... Es que su señora está en la habitación de al lado...

Dib. BERGSTRÖM. — Estocolmo.

GUTIÉRREZ, NOVELISTA DE LO EXÓTICO

En cierta ocasión, como se hallase de paso por Cercedilla el prestigioso novelista Gutiérrez, fui encargado de entrevistarlo por *El Eco de Siete Picos*.

Hoy, repasando viejos cuadernos de notas, doy con las que entonces tomé a lo largo de una sabrosa charla. Mis lectores sabrán agradecerme que exhume en su honor dichas notas.

Improcedente sería insistir acerca de la personalidad de Gutiérrez, de sobra conocido entre nosotros, y más aún, si cabe, en el extranjero. Sus novelas, en que tan finamente aparecen dibujados exóticos paisajes, psicologías exóticas y exquisitas, le han hecho justamente acreedor al universal aplauso. Dicho esto, procedo a exhumar mis notas.

✱ ✱ ✱

Lo atezado del semblante, junto con las gafas de oro y la exuberancia capilar de cejas y mostacho, asemejan extraordinariamente a nuestro autor con otro no menos célebre exotista: me refiero a Rudyard Kipling (el único escritor del mundo que cobra tanto como el ciclópeo Sr. Blasco Ibáñez, según éste asegura). A primera vista, dos cosas llaman poderosamente la atención en nuestro entrevistado, y son: la enorme cachimba, olorosa de continuo al sahumero del tabaco inglés, y el vaso, sin interrupción colmado de *whiskey and soda*. En el *hall* del hotel, en la destartada sala del Casino, en la cantina de la estación, hallaréis en todo momento, al par del ilustre exotista, entrambos británicos adminículos. A nuestra mirada, Gutiérrez, con marcado acento catalán, ha respondido:

— ¿Le choca a usted? ¡Ay, amigo mío! Es la reputación que hay que mantener. Un novelista como yo, que bebiese vermut Torino y fumase de cincuenta, sería absurdo. Lo peor es, dicho en confianza, que la cachimba me agría las digestiones y el *whiskey* me da náuseas; pero...

Aquí hay un claro en mis notas. Colijo, sin embargo, que debí de hacer alusión a sus viajes, porque Gutiérrez habló así:

— Envidias de los compañeros. Sostienen que sólo una vez salí de España, y eso para ir a Figueira da Foz en excursión organizada por una agencia de viajes. ¿Y qué?... Un escritor inglés ha dicho: «La Universidad moderna es una biblioteca.» La Universidad y la agencia Cook. Mi colega Loti se vanagloriaba de no haber leído un solo libro, y sí, en cambio, viajado mucho. Pero es que a él le pagaba los viajes el Estado. Yo lo más que he conseguido fué un billete a mitad de precio y en tercera para ir a La Coruña en tiempo de baños...

— Entonces — hube de inquirir —, ¿usted busca el ambiente de sus novelas en los libros ajenos?

— Hasta cierto punto, sí. Pero los tipos los creo yo, o los tomo del natural.

— ¿...?

— Sí. Mi obra *A la sombra de la mezquita*, me costó acompañar por las calles de Madrid, durante cuatro mortales días de junio, a un armenio que vendía babuchas. Para mi novela *Los almendros de Kama-Kura* utilicé a un japonésillo que vendía boquillas y pulseras de hueso por los cafés. Me proporcionó observaciones curiosísimas. No sé si recuerda usted que, durante la guerra ruso-japonesa, se habló de la extraordinaria sobriedad de los nipones. «Con un cubito de caldo Maggi y un puñado de arroz se alimentan», decíase entonces. ¡Sí, sí! ¡Hubiera usted visto a aquel japonés engullendo café con medias tostadas! Era una ruina. Estuvo a punto de estropearme la novela, porque a última

hora se negaba a proporcionarme datos respecto a su país si no le convidaba a cenar.

— ¿...?

— No; en mi familia no hubo ningún marino. Es más: yo no puedo soportar ni un pequeño paseo en lancha por el estanque del Retiro. Una vez lo he intentado y me mareé terriblemente.

— ¿...?

— No; yo no he querido nunca ser marino. Ni tan siquiera se me pasó por las mientes. Esa es una moda que han tomado de los franceses Blasco Ibáñez y otros. Escriben una novela atiborrando de términos náuticos, para decir después con cierta sonrisilla de superioridad: «No tiene nada de extraño... Yo he estado a punto de ser marino en mi adolescencia...» Todo porque una vez, de niños, han tenido un traje marinero.



Dib. LÁMBARRI. — Zaragoza.

EL OFICIAL. — *Me he pasado quince meses en Marruecos, casi siempre combatiendo y sin oír hablar a una sola mujer.*

LA RUBIA (ingenua). — *No sé cómo te has podido acostumar a tanto silencio...*

LA COPLA FINAL

—¿...?
—Yo soy de Reus. Mi profesión primera ha sido la de viajante de comercio. Representé por esos pueblos a la casa Cordony y Compañía, filaturas. Después tuve una novia filipina, y esto, sin duda, me llevó a lo otro. Quiero decir, a la literatura exotista.

—¿...?
—Sí; ahora estoy escribiendo una novela de asunto hindú: *Namara-Hadji*. Un maharajá que se rebela contra la dominación británica y es deportado a Europa. Para el final reservo un detalle de psicología exótica, que, aunque sea inmodestia, considero un acierto de perspicacia. Figúrese usted que al despertar Namara-Hadji de su primera noche entre los blancos, le sirven en el desayuno chocolate hecho a la francesa. Ante la jicarilla, el príncipe rompe a llorar. ¡El color de la mixtura le ha recordado el tono de la tez de su favorita *Lirio del Albal*...

Después de esto, sinceramente estupefactos, nos despedimos presurosos del inclito exotista, legítima gloria de nuestras letras.

GUILLERMO HERRERO

Juanito Valdelarrama padecía una tristeza honda. Consuelito Verdejo le había remitido una epístola, en la que le decía: «Todo ha terminado entre nosotros; no pretendas verme; salgo para Suiza con tu primo Ramón. Tuya hasta ayer tarde, — *Chelo*.»

Juanito se quedó como el pueblerino que llegara de Puebla de Arganzón y le colocaran delante del Palacio de Comunicaciones. Después de la sorpresa, por sus mejillas rodaron dos lágrimas que fueron a caer sobre su bien cortada cazadora color marrón. Hizo una pelotilla de la carta y la arrojó al cesto de los papeles. Sentóse en una linda marquesita, y se quedó reflexionando sobre la traición de su primo Moncho y la deslealtad de la Verdejo.

—¡Me ha matado esa sinvergüenza! — pensó al poco rato —. Pero hay que vivir, y hay que dar un puntapié a las penas.

Y a los pocos instantes salía en dirección de La Jerezana, un colmado en donde se reunían varios amigos de buen humor.

Allí se encontraban Manolo Cernuda y Pablito Cañizares, y con ellos, Gloria Carrizo, *la Boba*, y Sara Pimentel, *la Bullanguita*.

Al entrar en el cuarto Valdelarrama se escuchó una ovación ensordecedora.

—¡Hurra por Juanito!

—¡Bravol... ¡Bien!... ¡Ole!

—¿Y Consuelito? — interrogó Cernuda.

Valdelarrama lanzó un suspiro para derribar un hotelito de la Ciudad Lineal, y dejándose caer sobre una silla, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

— Esa galocha me ha dado la patada y se ha ido con mi primo Ramón a recorrer Suiza.

— Pues como te amilanes, te pego un botellazo que te hago somatose el occipicio — vociferó Cañizares.

— ¡A gozar de la vida!... ¡Qué escarabajo! — chilló la Pimentel.

— Que avisen a Manolillo *el Tufos* — agregó Cernuda.

— ¡Venga alegría, y vengan chatos!

— ¡Tú, no hagas el indio, y mándalo todo al *water*!

Sarita oprimió el timbre colocado en la pared del cuartito, y a poco apareció en la puerta el camarero.

— ¿Qué desean los señores?

— Que venga *el Tufos*.

— En seguida; precisamente, se estaba aburriendo en la cocina.

La Carrizo se marcó un tango:

«Es tu carita la nieve, típitín, tin, tin;
tus labios son dos fresones, tijitón, ton, ton;
y tus ojitos más negros
que los negros cimarrones.»

— ¡Sandunga ahí! — alborotó Cernuda.

— Lo ves, hombre — le dijo Cañizares —. De aquí vas a salir más curao que de un sanatorio. Hay que saber ahuyentar los disgustos.

— ¿Dan ustedes su permiso?

— Adelante.

— Pasa, *el Tufos*.

— Los señores dirán.

— Pues nada, que pongas la sonanta en condiciones y que nos des una alegría como para dar volteretas.

— Pues pa luego es tardísimo.

— ¡Ole! ¡Arsa!

— ¡Venga alegría!

— ¡Mi cuerpó!

— Hay que suprimir Las Zorreras del mapa.

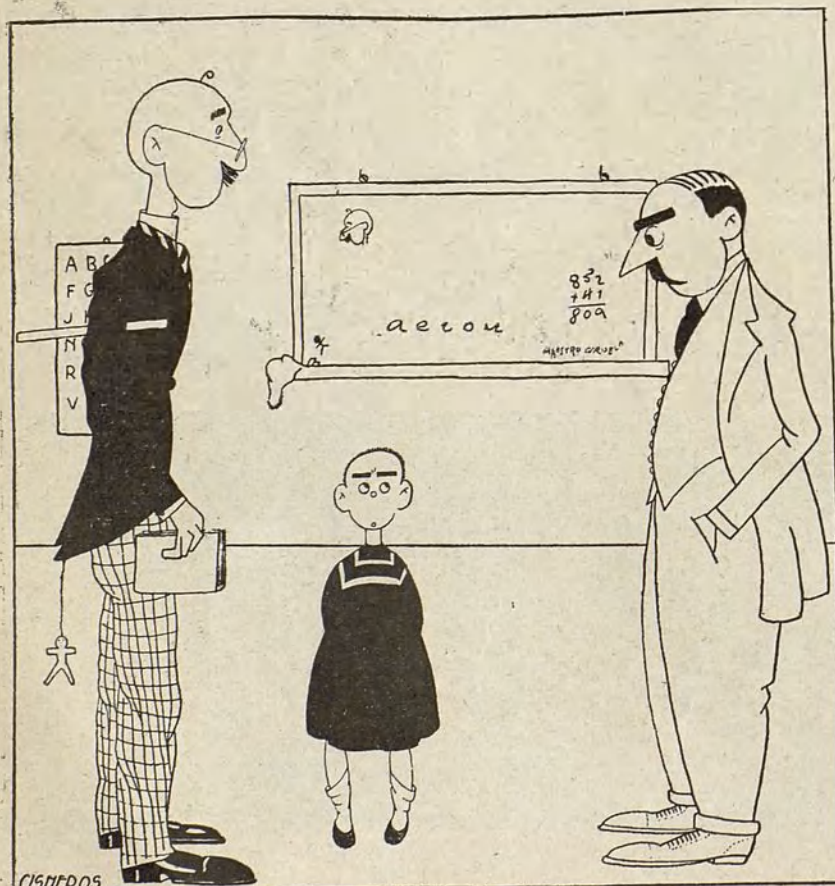
— Eso, eso.

— Manolito *el Tufos* se arranca:

«Una mujé me dejó,
y yo la di treinta tiros
que la hisieron papilló.»

Valdelarrama, al oír la coplita, se queda como de escayola.

Los amigos y las socias jalean al coplero.



Dib. CISNEROS. — Madrid.

EL MAESTRO. — Aquí tiene usted a su hijo. Es muy malo, y no escarmenta con nada; le he tenido dos horas encerrado en la cueva, y cuando le he sacado, ¡estaba tan fresco!...

— ¡Ole ahí los tíos con salsa mayonesa!
El flamenco continúa:

«¿Pa qué llevo yo mi faca,
sino pa la que me engañe
darla dos mil puñaladas?»

— ¡Coraje ahí!

Juanito palidece por momentos.

El tocador, que no está en el secreto y que se figura que está proporcionando una alegría mayor que la de los párvulos a la salida del colegio, tose, columpia su cabeza varias veces y dice con voz chillona.

— ¡Ahí va el Lozoyal...:

«Todo el que se ve engañao
por una jembra juncá,
si no la retuerce el cuello,
eso ni es hombre ni es na.»

— ¡La fetén!...

— ¡Ole!...

— ¡Casticismo!...

Juanito Valdelarrama se incorpora, mira idiotamente a su alrededor, y dice quedamente:

— Ahora vuelvo; esperarme media hora.

— Pero ¿adónde vas? — pregunta Cernuda.

— A ser hombre. Consuelo no ha salido de Madrid todavía.

Cañizares agarra a Juanito por una solapa de la americana y le dice imperativo:

— Tú no sales de aquí, ¿me oyes? Arza a sentarte en esa butaca mimbrera.

— Yo salgo de aquí para ser hombre, porque ahora soy una miserable cucaracha.

— ¿Pero habéis visto este primo alumbrado? Quieto. Tú no te meneas de este cuarto.

— Eso lo veremos.

Y uniendo la acción a la palabra, comienza a repartir puñetazos y a tirar cascos de botellas a los juegueros, y a los cinco minutos el cuarto de La Jerezana parecía la sala de un hospital. Cernuda y Cañizares tenían ambos a dos la cabeza abierta. Gloria Carrizo un ojo como una pandereta, y la Pimentel sangraba por las narices como un cerdo en la matanza.

El cantador estaba consternado; pero, hombre de mundo y conocedor de las pijoterías de esta perra vida, se dió cuenta después de la batalla campal, y, templando la guitarra, cantó:

«Aunque te haga perrerías,
chúflate de la mujer,
porque la mejor no vale
lo que vale un cacahuete.»

Valdelarrama miró al *Tufos* después de concluir la copla, y agarrándole la guitarra y dándole en plena cabeza con ella, le dijo fuera de sí:

— ¿Y por qué no has empezado por ésa, so idiota?

ENRIQUE GARCÍA ÁLVAREZ

EL OCASO DEL GRAMÓFONO

Los discos de gramófono son cocorotas requeteplanchadas de sombreros de copa. Algo así como los clac de despliegue musical.

Yo.

Si se hiciese una antología de los insultos que se han dirigido al gramófono, se podría hacer un tomo como esos en que el profesor Frennd disecciona y pincha los chistes del mundo.

«En la clara noche se oían los ladridos de los gramófonos», ha dicho un escritor.

«El gramófono rabioso mordía a los niños», ha dicho otro.

«De los subterráneos del mundo salían los cantos cruos de los gramófonos», ha escrito otro.

«Los delirios de los gramófonos eran el escape de la calentura de la noche... A Constantinopla le han puesto enferma los gramófonos... Si se oye detrás de las celosías del harén un gramófono, ya está perdido el encanto interior y se

desconsuelan la vida. Todo menos la agonía conservada», ha dicho otro.

Los tulipanes venenosos de los gramófonos han sido decorado de toda habitación que se tenía en algo, y la mosca del insomnio anidaba en el fondo de las grandes corolas.

Pero el gramófono está en quiebra. La telefonía sin hilos ha venido a inutilizarle. Sólo podrá ser utilizado para evocar los cantares y las músicas nuestras, aunque también habrá sesiones retrospectivas en la T. S. H.

Los reporteros que preparaban los discos a fuego lento en las sartenes de la fábrica, tendrán que retirarse. Los fotógrafos especialistas del fonógrafo, que lo ponían en marcha cuando estaba ya todo preparado, o lo paraban en los momentos erróneos, también se van a quedar sin colocación.

Pero los que han sido más castigados con esta eliminación del fonógrafo y el gramófono son los coleccionistas de discos. Yo, que he conocido a algunos y he sido su confidente, estoy consternado.

El que está más grabado en mi mente es aquel que vivía de la afición al gramófono en un pueblecito de Castilla.

— Mi postre es un disco... Después de almorzar y después de cenar, lo primero que hago es poner un disco en el aparato. ¡No sabe usted lo bien que me sienta!

Tenía más de veinte mil discos diferentes, todos clasificados en altos clasificadores a propósito, y había hecho venir de Madrid un presuntuoso archivero bibliotecario para que le hiciese un buen catálogo.

Toda su fortuna estaba empleada en los discos, y se prometía dejar a sus herederos aquellas negras pilas de esa especie de cosa que está entre los fieltros para la cerveza y las tortas de Alcázar.

¿Qué pensará ahora,

que los discos van a ser algo tan inútil y desdeñable como los parches porosos después de arrancados y tirados?

La verdad es que han quedado inutilizadas las mesillas de noche de los gramófonos, y que los discos se han quedado como materialidad muerta de lo que consiguió su evolución espiritual, su ingravidez y su volandera supraete-



ve la casa de huéspedes mediocre», ha escrito otro.

«Lo más parecido a uno de esos morteros de artillería que amenazan con su boca de sapo en la puerta de los museos de artillería es un gramófono», ha escrito otro.

«Lanzan una voz humana crispada y una música ratonera y arrugada que

reidad en la T. S. H. La fluidez, la vitalidad, la estructura sincera de las voces del presente, oídas en su trance natural, no tendrán comparación con los guardados en aquella especie de latas de conserva de los discos.

¡Qué ruina la de los poseedores de innumerables discos!

Creían haber fundado la bodega de las voces humanas, y nada: todo lo embotellado se les queda flojo, sin espontaneidad, convertido en vinagre musical.

No lo quieren creer; hacen aún con orgullo ese gesto tan gramofónico de mirar el reverso de la pieza que ya han

puesto con la pretensión de que sea doble; parecen directores de orquesta hipnóticos; se ponen aún su chaquet de maestros de gramófono; sacan aún del bolsillo del pecho, como *maitres* de peluquería, ese limpiapiénes o limpiacogotes que pasan sobre el disco. No quieren confesar su derrota, y dicen aún con alarde de vencidos que no cambiarán jamás la bocina de sus gramófonos por esa bocina mágica por la que habla el mundo entero, recibiendo las primicias y el roce directo del aliento de la vida.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

Ilustración del escritor.



ELLA. — ¿Cuánto me quieres, Antonio?...

EL. — Tanto como iú a mí...

ELLA. — ¡¡Húy, qué poco! ...

Dib. URIBE. — Madrid.

NOTAS DE MI VERANEO

¡OH, EL CAMPO!...

La feraz campiña gallega es hermosa, muy hermosa; pero como todas las campiñas cuando a ellas nos conduce la salud quebrantada o el ánimo abatido, aburre, cansa, fastidia, obligándonos a contemplar a todas horas los mismos paisajes, iguales plantas, idénticas flores...

Una semana va transcurrida desde que a Guitiriz llegamos, y ya la ostra, comparada con nosotros, resulta una especie de «tubo de la risa».

A fuerza de discurrir siempre por los invariables paseos (las aguas de este balneario han de ser, según dicen, muy paseadas), nos sabemos de corrido los árboles, pedruscos y baches que atesora la carretera.

Por cierto que de esta contemplación hemos sacado consecuencias que juzgamos provechosas para nuestros lectores.

Y con el permiso de ustedes, vamos a transcribirlas.

Sabido es que Costa, al igual de no pocos sabios, filósofos y poetas, perdió el tiempo lastimosamente predicando el amor a los árboles.

Nosotros, por no desairar al insigne baturro, les llegamos a profesar un puro y escogido afecto, sin incurrir, claro está, en la ridiculez asiática de un tal Jerjes que, a creer lo que afirman ciertos historiadores, tuvo la inverosímil delicadeza de confeccionar un terno de lanilla dulce para su olmo favorito.

— Mira c'olmo hay allí — exclamaban los leñadores extrañados.

— ¿C'olmo será ése — preguntaban los zagales —, que se presenta vestido?

— ¡Es el colmo! — dijo uno.

Y allí fué donde nació la conocida frase.

Gómez Carrillo refiere que Taine consideró a un castaño como su maestro de ética.

El botánico yanqui Macdougall asegura, muy seriecito, que los seres vegetales tienen ojos.

Otro sabio, Tolowsky, no contento con la vista, les concede un alma.

Y no faltará, seguramente, quien se atreva a declarar la existencia de un alcornoque con mucho talento.

Desde luego sabemos ya, porque los poetas nos lo han dicho, que los árboles, en complicidad con el viento sindicalista que constantemente agita sus hojas, hablan.

¿Será verdad? Creemos que no.

La experiencia nos ha demostrado que semejante afirmación es tan inexacta cual la de los arroyos *murmuradores*. Es decir, más inexacta aún, porque nosotros sabemos de un tal Arroyo, taquillero de un cine, que ¡vaya si murmurar!

Los árboles que hasta la fecha hemos tenido el gusto de tratar, se hayan muy

bien, por lo visto, sin el uso de la palabra. Ni uno siquiera nos pronunció todavía un discurso.

Y eso que, en ocasiones determinadas, se hacen a su amparo cosas de las que debían protestar, profiriendo, con razón, frases molestas para nuestros respectivos progenitores.

Pero nada.

Sufridos y discretos hasta la exageración, jamás osaron decir «Este tronco es mío».

Y eso que continuamente se les ve con una copa. Circunstancia que por regla general no concurre en los hombres.

Estos, cuando tienen una copa, charlan hasta por los codos. Y acaban positiéndose provocativos.

Una cualidad, sin embargo, patentiza de un modo evidente el parecido que entre hombres y árboles existe. Los hay, como el talipot, de Caitlán, y el baobab africano, con buena sombra, que consiguen llegar a gran altura.

Que lo diga si no Juanito La Cierva o cualquiera otro de los lamentables políticos que nos gobernaron.

¡Tantos podrían citarse como ejemplo de... inutilidad!

Existen, por el contrario, algunos de muy mala sombra.

Ahí está el manzanillo.

O Maura el catastrófico, que viene a ser de la familia.

Bromas aparte, los árboles son una cosa muy seria y respetable. Tan seria y respetable, por lo menos, como el Cuerpo de Orden público.

Al fin y al cabo, unos y otros acaban dando leña.

Sentado en un tronco, y a la sombra garcialvaresca de un abedul que se ensancha, envanecido por la comparación (¡si será celebrada la buena sombra de Enrique!), pergeño, escribo o hilvano las presentes divagaciones filosófocampesinas.

Son las cinco de la tarde.

El sol gallego, ocultándose tras las nubes, parece no quererme otorgar la cortesía de su salud.

A un pastor que cruza le pasa lo mismo, y se adentra en el sembrado, sin saludarme.

Y las vacas, por no ser menos, me miran y se alejan, sin saludarme tampoco.

Únicamente las moscas, con asiduidad irritante, se obstinan en mostrarme su cortés y especial predilección por los forasteros.

Y, al efecto, no pasa una que no me deje su tarjeta.

¡Oh campos de Galicia! ¡Qué deliciosos! ¡Qué sanos! ¡Qué ideales!... Pero... ¡cómo me aburro!

¡Aaaaaah!

(Esto es un bostezo.)

ADOLFO SÁNCHEZ CARRERE

Guitiriz, 1923.

TITIRIMUNDILLO

— Eso de los vuelos sin motor es la cosa más sencilla del mundo, y lo puede hacer todo el que quiera. Basta con no correr.

— Pero, hombre, ¿qué dices?

— ¡Clarol! Aquí, el que no corre..., ¡vuela!

«En La Granja están muy divertidas las tiradas de pichón.»

¿Divertidas?... ¡No dirán lo mismo los pichones y los palomos padres que tengan que ponerse de luto!

«Un problema de policía.»

Será muy complicado; pero hay otro mucho más: el de los ladrones.

En una de las corridas nocturnas, uno de los diestros se hirió toreando por faroles.

Como era nocturna la fiesta, suponemos que esos faroles los daría encendidos.

— ¿Vas a La Granja a ver correr las fuentes?

— Ni en broma. ¿No ves que he sido camarero de restaurante muchos años?

¡Figúrate las fuentes que habré visto correr, y con comida, que es mayor mérito!

— Chico, me acaba de ocurrir una cosa increíble, inaudita, insospechada, extraordinaria.

— ¿El qué?

— ¡Que he viajado en un tranvía en el que no iba un solo guardia!

— ¡Señor, Señor! ¿Qué pasa este verano, que todavía no han venido las declaraciones políticas?

— Por lo visto, los hombres públicos temen que, en cuanto hagan declaraciones, les den calabazas.

— Lo de Marruecos...

— Resuelto... No se va a Alhucemas, pero tampoco se va Alhucemas; porque Alhucemas dice que ir a Alhucemas no es cosa de Alhucemas.

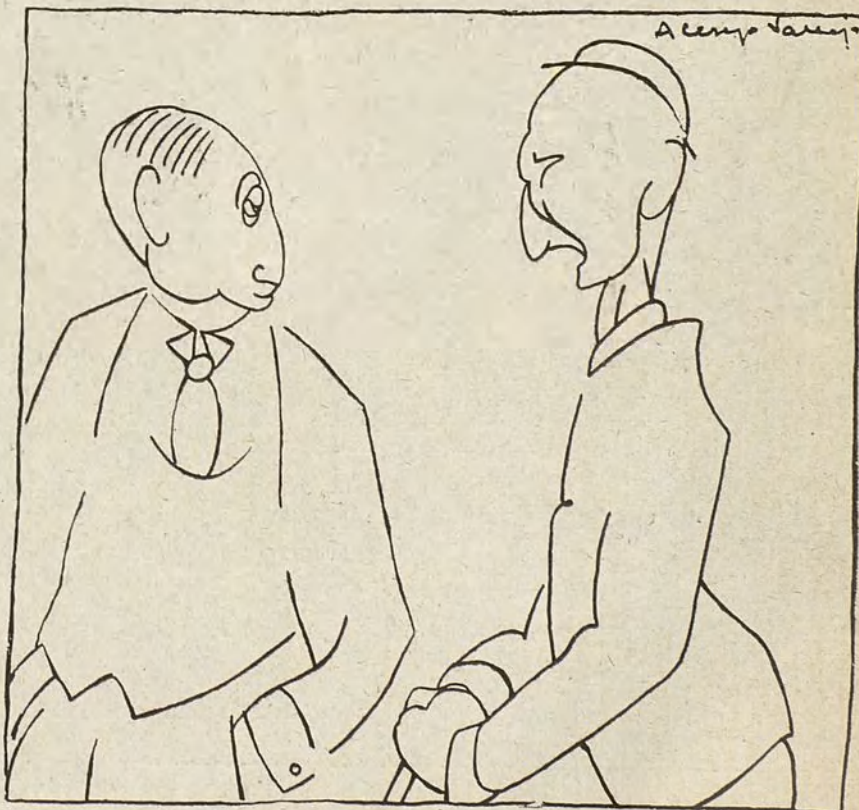
— ¡Qué lío tan raro!

— ¿Y tu novio, Purita?

— Está en San Sebastián regateando.

— ¡Yal! ¿En el concurso de balandros?

— No; regatea en las fondas, para poder estar más días.



Dib. CEREZO VALLEJO. — Pamplona.

— Desengañese usted, mi tierra es la mejor. Tiene los mejores obreros, las mejores industrias, las mejores viviendas...

— No me cabe duda. ¡Usted es de mi pueblo!



EN EL MUSEO

— ¿Ves, Pérez?... ¡Así es la vida!... Luego dicen que es solamente la policía la que no encuentra a los autores.

Dib. ROBLADANO. — Madrid.

TRAGEDIAS HISTÓRICAS LA PESTE EN ATENAS

DECORACIÓN. — La calle de los Hermes, en Atenas. El año cuatrocientos veintinueve. La peste aherró con sus cadenas a toda la ciudad; nadie se mueve del suelo, en donde yacen muchos seres — hombres, niños, mujeres — presas del mal terrible y lancinante que mata a quienes pilla por delante.

Ya las sombras cubriendo el cielo van; y la calle, con los seres que están caídos, y que suman diez mil siete, parece el comedor de casa Juan al llegar a los postres de un banquete.

De la escena en la parte de delante hay un grupo de enfermos que es formado por *Pericles*, el hábil gobernante; *Aspasia*, su mujer, que está a su lado; *Fidias*, el escultor escachufiante; *Sófocles*, el autor tan celebrado; *Panenos*, que en pintura es un gigante, e *Hipócrates*, el médico afamado.

Todos sufren la peste y sus rigores y se quejan con fúnebres clamores.

FIDIAS. ¡Ay, ay, ayl...

SÓFOCLES. ¡Qué suplicio!

PANENOS. ¡Qué tortura!

HIPÓCRATES. De dolor se me parte la cintura...

ASPASIA. No puedo más...

PANENOS. Ni yo tampoco puedo...

FIDIAS. El socio que no sufra que alce el dedo.
(Con esfuerzo sobrehumano alza *Pericles* la mano.)

PERICLES. ¿Tú dijiste? Pues ya te obedecí.
¡Si os faltan fuerzas aprended de mí
(A contener su asombro nadie acierta y todos quedan con la boca abierta.)

HIPÓCRATES. (Que goza del asombro consiguiente, le murmura a *Pericles* lo siguientes:)

¡Qué voluntad la tuya! ¡Qué manera de vencer al dolor en lucha fiera!
Bien se ve que te gusta el estoicismo y que abrazas también el melquiadismo.

PERICLES. En esta edad y en próximas edades es y será el más grande don Melquiades...

SÓFOCLES. *Pericles*, ¿y qué opinas del Soviet? Anteayer me escribieron una carta diciendo que lo implantan en Esparta...

PERICLES. Prefiero la doctrina de Gasset, que tiene, como Costa, razón harta.

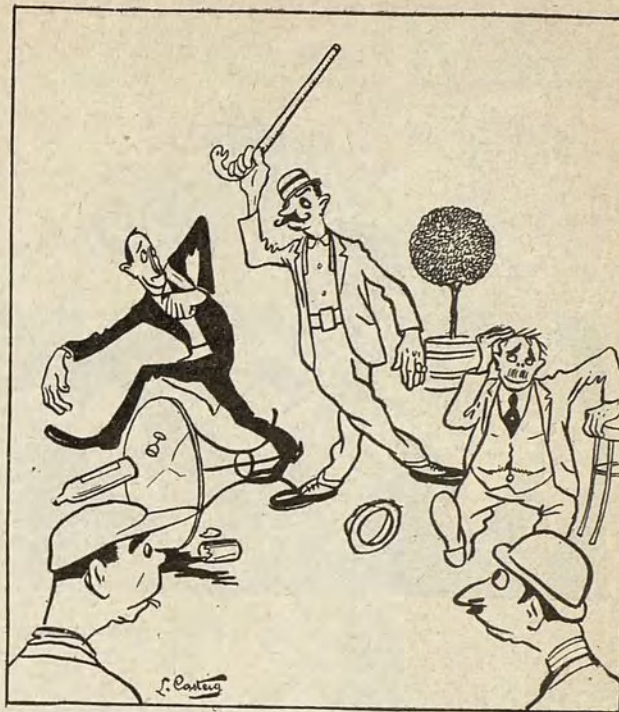
FIDIAS. ¡Ay, ay, ayl... ¡Qué dolor!

PERICLES. ¡Fidias, caray, no nos entones más el ay, ay, ayl... Procura hacerte fuerte y luchar sin gemir contra la muerte. Mira a tu alrededor: todos callados, y están, cual tú y cual yo, muy apesados. Aguántate el dolor y no seas burro. La pobrecita *Aspasia* está hecha un churro y calla con la flema londinense propia de quien nació en la brava Atenas; ¡quien grita sus dolores y sus penas, es que ha nacido en Lugo o en Orense!

PANENOS. En bellas frases tienes un tesoro...
ASPASIA. ¡Mereces que te den la oreja de orol...

FIDIAS. Nunca hubo hombres que tan bien hablaran...
PERICLES. (*Pericles*, que es un tío muy modesto, corta la voz de *Fidias* con un gesto.)

Cesad en los elogios, que me azaran...
¿Por qué, vamos a ver, no le dais coba a *Aspasia*, que es mujer? El darle coba a un tío tan tonto como yo, es gran desvario...



Dib. CASTEIG. — Alicante.

— Pero ¿qué le pasa a ese tío?
— Pues que en cuanto coge una borrachera de Kola, pega.

En esta moribunda reunión está *Fidias*, aquel que el Partenón adornó con inmensas esculturas, y *Sófocles*, el mago de la escena, e *Hipócrates*, el padre de *Avicena*, y *Panenos*..., sublimes criaturas que en ciencias y artes pueden dar lecciones, que viéndoles despacio son bastante más grandes que el palacio de Comunicaciones. Pero yo... Sólo he sido un pelmazo; de todos muy querido, receptor de dulzuras y de amores, pero un pelmazo nada más, señores. (De *Pericles* esclava en los hechizos, acaricia al «Olimpico» los rizos.) «Peri»..., ¡no digas eso! Tú has sido para Atenas el progreso... Déjame que en tu faz imprima un beso... SÓFOCLES. Mirad cómo a *Pericles* besa y mima. PERICLES. *Aspasia*, cuida bien de que la rima no te haga hablarme del Peloponeso. PANENOS. En esa horrible guerra el renombre de Atenas cae a tierra. FIDIAS. Llevamos veinte meses en la liza, y contamos la undécima paliza. HIPÓCRATES. Yo no sé de otro, en casos parecidos, en que nos hayan dado más zurridos... ASPASIA. De derrotas llevamos un exceso que pone en nuestras almas frío hielo. SÓFOCLES. ¡Nos está dando Esparta para el pelo! PERICLES. Para el pelo... poneso... (Las gentes apesadas vencen su cruel dolor a carcajadas.)



Dib. BELLÓN. — Madrid.

OTRO GOLPE A LOS «NUEVOS RICOS»

— ¡Ay, Pascasial...! ¡Me he quedado sin un solo diente!...

— ¡Mejor! Así te los puedes poner todos de oro.

PANENOS. ¡Tienes mucha más sal que Benavente!
PERICLES. En esto de hacer chistes si soy gente.
(Y Pericles recibe la ovación adoptando un aspecto muy chulón.)

FIDIAS. Yo os suplico, ¡oh simpáticos!,
que dejemos los finos chistes áticos
para ocasión más buena y conveniente.
Nos cercan serios males
y hemos de hablar serenos y formales.
¡Fuera chufas! Volvamos al aprisco...
La guerra, como veis, nos hace cisco;
la peste se nos lleva a toda marcha;
el ateniense fuego es hoy escarcha
y mirad sin pasión, caros amigos:
nuestro arte y nuestra ciencia son dos higos.
Pericles fué adminículo
que nos empujó a todos al pináculo;
si ayer tuvimos del saber el báculo,
hoy tenemos por báculo el ridículo.
Y yo me atrevo a decir
que ha llegado el momento de morir.
(Hay una pausa; de diversos modos en lo dicho por Fidiás piensan todos.)

HIPÓCRATES. Señores, a mi juicio, habló bien este.
¡Pongámonos supinos, y a morir de la peste!
Extendámonos todos por el suelo.
¡Si vivimos, haremos el canelot!
(De allí a un breve momento se arrojan de la muerte en la agonía. Sólo es Atenas ya una tumba fría cuando empieza a bajar el)

TELÓN LENTO

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

SEGUNDA DIVAGACIÓN TAURINA

EL TORERO

Como la Naturaleza necesita valerse de algunos de sus seres para satisfacer las necesidades o las aficiones de la generalidad, hace el torero, como hace el médico, el maestro y el carnicero, influyendo una vocación firme y decidida.

Cuando a cada uno le dan allá arriba el pasaporte para la Tierra, un oficinista celeste, después de tomarnos la huella dactilográfica, nos preguntará, como el de las cédulas:

— ¿Oficio?

Nosotros, ignorando, naturalmente, todo particular en el viaje que vamos a emprender, nos encogeremos de hombros.

No sabemos nada de nada, y lo malo es que solemos morirnos sin haber ampliado estos conocimientos.

Entonces, el oficinista comunicará por un tubo acústico con la oficina de más arriba:

— ¡Oiga! Aquí, pasaportes. A Fulano de Tal, con destino al Congo belga, ¿qué oficio se le pone?

La oficina reguladora de las actividades humanas contestará, después de consultar en sus libros:

— Póngale usted antropófago... La estadística acusa un marcadísimo descenso en el número de individuos que se dedican a esa profesión. Este descenso no guarda relación con el aumento de civilización, que hay que tener en cuenta. Por tanto, hacen falta antropófagos...

En España hay una gran parte del público que tiene gran empeño en que algunos hombres toreen por las plazas. Asimismo existe una gran cantidad de toros de lidia que cifran su ilusión en ser muertos a estoque.

No quiero pensar lo que sucedería si no hubiese toreros. ¿Qué harían los quince mil individuos que en cada plaza de España acuden los domingos a las plazas de toros? ¿Cómo podríamos, de buenas a primeras, decidirles a que cambiasen esta afición por la de jugar al ajedrez? Y si lo consiguiésemos, ¿cómo podríamos resolver el conflicto que produciría en la industria una demanda tan exagerada de tableros y de figuras de ajedrez, a razón de un tablero para cada dos? Tendríamos, necesariamente, que formarlos por grupos de diez y decirles:

— Ustedes, en vez de ir a los toros,

irán a la Moncloa a pasear...; ustedes liarán cigarrillos...; ustedes leerán novelas de detectives...; ustedes aprenderán solfeo...

Esta tarea sería superior a todas las fuerzas humanas.

Es, por tanto, necesario el torero. Su existencia nos evita terribles conflictos sociales.

Debemos tener en cuenta al toro. Todos los años, calculando muy por bajo y muy a la ligera, morirán en las plazas españolas unos diez mil toros.

Si no hubiera corridas, ¿qué íbamos a hacer con diez mil toros todos los años?

Habría quien, de buena fe, se crea un economista saliéndonos al encuentro con estas palabras:

— Diez mil toros son una riqueza. Su carne succulenta puede nutrir al pueblo. Sus pieles, estimadísimas, son de gran utilidad para toda clase de industrias.

Así, pues, no es necesario, para la buena economía, que los maten los toreros con sus estoques. Tienen los toros, por sí solos, una riqueza que proporcionan abundantemente.

Pero esta razonable teoría no nos re-

suelve nada. Los toros, al salir muertos de las plazas, van ya destinados a los contratistas, que se encargan de utilizar su carne para el consumo, su piel para las industrias y sus cuernos para los puños y las conteras de los bastones.

Según esto, rinden siempre la utilidad que se les pide.

La cuestión está en darlos muerte. Tendríamos que aumentar los matarifes. Un toro de Miura no es tan fácil de reducir como un borrego. Se le podrá conducir entre mansos al matadero; pero si se desmanda, puede llevar un día de luto a una ciudad.

Además, el matarife no es un artista, como el torero, ni siente vocación por el oficio. No creo que exista nadie, por muy sanguinario que sea, que tenga el mismo entusiasmo por matar reses a cuchilladas que el torero por dar un volapié, estando mucho peor retribuido.

El que se dedica a matarife lo hace por recurso. Si le ofrecen un empleo en el Ayuntamiento, aceptará inmediatamente. En cambio, no creo que Marcial Lalanda aceptaría un puesto de guardia municipal.

Al tener que matar a todos los toros de lidia, necesitaríamos una mayor cantidad de hombres a quien encargar esa misión. La mayoría de hombres a quien se lo propongamos, renunciarán abiertamente.

Tendríamos que traer máquinas norteamericanas, de esas en que entra un toro y sale cada pedazo por su lado convenientemente manufacturado.

La importación de estas máquinas resultaría a la nación mucho más cara que el torero, que es un fruto espontáneo, lleno de afición y energías.

Es necesario, pues, el torero como sostén de la situación económica.



Y no podemos quejarnos de lo bien que el torero realiza su función, naciendo, debutando, cortando orejas y dando medias verónicas.

Precisamente, desvaneciéndose los temores de una decadencia de la fiesta, sale todos, todos los días, un fenómeno nuevo, definitivo, que está llamado a ser la salvación del arte taurino.

En la presente temporada hemos conocido ya tres o cuatro. Los hemos conocido a través de nuestro amigo *el aficionado*, vehemente y ponderador por temperamento.

— *El Algabeño* es el fenómeno — nos ha dicho.

A los pocos días:

— Vengo de ver torear al fenómeno. ¡Qué arte, qué gracia, qué maestría!

— *El Algabeño*, ¿eh?

— ¡Quia, hombre! ¡Fuentes Bejarano!

— ¡Ah, ya! — decimos.

Más tarde, de nuevo el aficionado se exalta ante la gran figura, el ídolo taurino:

— ¡Qué bárbaro!... ¡Es indiscutible!... ¡El as!

— Fuentes, ¿no?

— Pero ¿en qué está usted pensando?...

¡Posadas!

— ¡Ah!... Perdóneme.

Tres días después:

— ¡Porque es una fiera!... ¡Qué valor, qué emoción!

— ¿Posadas?

— ¡Qué Posadas ni qué ocho cuartos!

¡Belmontito! ¡Ese es la figura!

Al día siguiente:

— Bueno; lo que yo digo: no hay quien se le compare...

— ¿A Belmontito?

— Pero ¿en qué país vive usted?...

¿De quién voy a hablar, sino de Paradas?...

Así de diez figuras más, hasta de *el Señorito*, el espontáneo que se arrojó recientemente. Luego ya no es ése el fenómeno. Es un zapatero que toreó en la becerrada de los del oficio. Luego un chico de un empleado de la plaza,

que toreó en otra becerrada de convite. Después otro chico, que, con un pañuelo, ha dado un pase natural a un ciclista que pasaba por la calle de Preciados.

Tenemos el fenómeno de cada día.

Los pueblos fabrican sus dioses cuando los necesitan.

Luego, a fin de cuentas, el torero es una necesidad, desde todos los puntos de vista.

La Naturaleza debe hacer toreros, igual que hace concejales y hace ladrones de trenes. En la Naturaleza nada sobra ni nada se pierde. Si no hubiese ladrones, ¿para qué iba a haber policías? Si no hubiese policías, ¿para qué habría ladrones, sino para dejarse coger? Si no hubiesen de llegar a concejales, ¿para qué habría dinero en las arcas municipales?

Los eslabones de la cadena social están muy sabiamente enlazados.

José LÓPEZ RUBIO



Dib. MURO. — Valencia.

— ¡Vamo, zeñore, no hay pa tanto!... Después de to, no hago más que cambiar de tercio...

CECILE, SON PERE ET SA MERE

Mademoiselle Lepinard était une petite femme, née à Paris dans la glorieuse époque que Ferdinand VII faisait usage du paletot. Fille d'une *dame de water-closet* du théâtre de la Renaissance et d'un garçon du petit café des *Cochers Réunis* (15 centimes la tasse), Cécile Lepinard fût bientôt l'orgueil de sa mère et de son père par sa beauté, par sa bonté, par sa honnêteté, par sa gaieté et par la mer de choses qu'il est parfaitement inutile de mentionner ici, et que nous ne mentionnons pas par la simple raison de que ne nous donne la gane. (Les choses claires et le chocolat épais!)

Cécile Lepinard était très belle; mais elle était belle à la manière classique, hellénique et romantique de Lorète Prade (le premier prix de beauté de l'Espagne et du Portugal). Elle avait, aussi, un petit défaut qui ne valait pas la peine, mais que faisait rire aux gens de la rue quand Cécile sortait de promenade: en fin, pour le dire d'une fois, Cécile avait le même mouvement pour marcher que monsieur le Comte de Romenons, le gentil politique, ironique et cacique de Guàdalajare!

Nonobstant! le défaut de la jambe (la mauvaise patte, que disent les admirateurs de Romenons), la jeunesse de Cécile fût tranquille et heureuse: pas de sommeil troublé, pas de préoccupations économiques, pas de maladies et de digestions difficiles, jusqu'au point de que la famille de Cécile fût la seule famille française qui ne souffrit jamais des hémorroïdes, maladie commun dans toute la France et que tant de victimes conduit au cimetière.

La vie était très agréable chez Cécile, parce que son père gagnait beaucoup d'argent dans le café, et sa mère gagnait aussi (si non argent, au moins calderille) dans les water-closets du théâtre de la Renaissance, surtout les nuits des premières représentations dans lesquelles le public faisait cet hommage délicat, à la santé des auteurs des pièces mises en scène. (La nez des auteurs français est très forte et tolère tous parfums!)

Un jour la petite Cécile donna un mauvais pas... Il n'y a rien de particulier si l'on pense en le défaut de la jambe... (Par exemple, Romenons donne-t-il dex mauvais pas à toute heure.) Mais le mauvais pas de Cécile ne fût par la jambe, fût par une autre chose immédiate à la jambe. Fût, en un mot, par une jarretière perdue par Cécile et trouvée par un conducteur de tramway en un bal de Montmartre... La belle et le conducteur, au moment de faire la connaissance, pensèrent faire une atrocité..., et pensé et fait!... Le conducteur, en croyant qu'il était sur le tramway, se mis à toute vitesse..., et la catastrophe arriva-t-elle quand la pauvre Cécile, descuidée et

confiée, regardait la jarretière candide-ment...

Depuis neuf mois, la population de la France augmentait sans savoir comment en quatre habitants (Oh, vaillante Cécile!... Ah, formidable et laborieux conducteur!), et *Le Petit Journal*, *Le Temps* et *Le Figaro* parlèrent dans ses pages de l'affaire prodigieuse, sans précédent en Paris. Le père de Cécile, désespéré (puis ne savait rien du tout), commença par donner douze coups de bâton à sa tendre épouse, qui ne s'avait la pauvre femme introduit en rien. Depuis de la palisse domestique, il marcha chez le séducteur et, avec le même bâton, fit le miracle de transformer au conducteur de tramway en *cobrateur*... Et, une fois satisfait son désir de vengeance, s'en alla au café, tandis que sa femme, modèle d'obéissance, s'en allait au water-closet au lieu d'envoyer là à sa fille, que bien mérité le tenait.

Le père de Cécile, un peu tranquille au jour suivant, écrivait une lettre au président du Conseil des Ministres, faisant histoire de l'affaire et demandant une pension et un prix pour sa fille et pour le conducteur par avoir prêté à la patrie un service inappréciable. Le Gouvernement, de moment, répondit qu'il n'avait de l'argent (mais qu'il n'avait ni une chienne grosse); mais trois jours depuis, Poincaré écrivait au père de Cécile en le donnat espérances...

Le père de Cécile lança une phrase colérique (une chose ainsi comme «Me marie en dix!»), et de la contrariété tomba malade et, au mois suivant, il la di-
nait sans pardonner à personne.

Seulement au chat, au petit chien et au perroquet il les parla tendrement, en les disant combien il déplorait se larguer du monde, laissant au conducteur et à sa fille en liberté..., égalité et fraternité pour le mettre en ridicule à toutes heures...

Et, en effet... Depuis autres neuf mois Cécile retourna à obsequier à la France avec six habitants plus...

Et ainsi successivement...

Mes chers lecteurs: si vous allez à Paris, pourrez voir au milieu de la rue Saint-Denis une agence express pour envoyer lettres au domicile (une espèce de continental). Sur la porte on voit cet avis:

PERSONNEL TOUJOURS NEUF
CONSTANT RENOUVELLEMENT
ENFANTS DE 5 A 12 ANS

Il est vrai!

Cécile et le conducteur ont fait un contrat pour assortir d'enfants le continental; et la maison, quand demande personnel, est satisfaite en l'acte.

Cela lui dit Muñoz Sèche et paraît unechistosité!

Et, nonobstant, est une vérité!

ERNESTO POLO

A UNA VERANEANTE

¿Ahora viene usted con quejas de su vida campesina, tras de hacer la gran pampolina de tomar casa en Mollejas de la Encina, porque ha visto que Asunción se ha largado a Chamartín, y la viuda de Marín, a Morón?

Pues con el valor del Cid le pregunto, Salomé:

— ¿Para qué ha salido usted de Madrid?

¿Dice usted que el polvo denso de la sucia carretera la exaspera;

que no goza ni por pienso; que de *spleen* quizás enferme; que un calor bestial la abruma; que el colchón en donde duerme tiene grava, en vez de pluma; que la pican los mosquitos y hay que entrar con los malditos en encarnizada lid?...

Pues paciencia, Salomé.

¿Para qué ha salido usted de Madrid?

¿Que la carne es de carnero, y el infame carnícero no la da buena habilla ni excelente solomillo, ni la pierna ni el codillo que le daba el de esta villa?

¿Creyó usted de buena fe que así daba usted en el quid?

¿Para qué ha salido usted de Madrid?...

¿Que la carga Leonor, la sobrina del doctor, y la chinchita Rigoberta,

la señora del que ahora tiene la botica abierta

frente al nido donde usted se ha establecido?

¿Que está usted que echa café (ivoto al arpa de David!) porque ha días no me ve?

¿Para qué ha salido usted de Madrid?

¿Que a usted le parece mal, finalmente,

que, entretanto, su Vicente, viva en esta capital a sus anchas, cual yo estoy? Pues bien hace (si usted hoy por capricho se halla ausente) en decir que la oficina le retiene tras sus rejas y le impide ir a Mollejas de la Encina.

¿Que se vale de este ardid para andar como yo sé con la... de Valladolid?

¡Aguantarse, Salomé!

¿Para que ha salido usted de Madrid?

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA



EL MAESTRO BENAVENTE, por BON.

LAS COSAS DE LOS TEATROS

LA MALA HORA DE LOS EMPRESARIOS

Ha sonado en el reloj de pulsera que indudablemente llevará en su muñeca izquierda Talía, la hora mala de los empresarios teatrales.

Fué primero el omnipotente Fraga, el que amenazó un día con destruir a todos los cómicos españoles, quien, por un «quítame allá esas liquidaciones», dió con toda su altivez, con toda su personalidad y todos sus huesos en la celda lóbrega de la infamante prisión...

Luego ha sido Martínez Sierra, el dramaturgo afamadísimo, quien, a causa de una denuncia del Sr. Rivas Cherif, padece todas las molestias y complicaciones de un proceso por infracción de la ley de Propiedad intelectual.

Losada, el empresario americano, dueño, al parecer, del teatro del Rey Alfonso y del Cómico, ha tenido que liquidar sus asuntos y marcharse de España, porque los negocios no venían claros.

Otros más, cuyos nombres lamentamos no retener en la memoria, son víctimas también de la Fatalidad y están a punto de dar el barquinazo.

¿Será epidemia, carísimo lector?

No quedan en *buen uso* más que Mariano Serrano, Arturo Serrano y algún otro.

A estos dos Serranos será a los que se deba lisonjear si autores y cómicos quieren hacer algo serio en Madrid.

Mariano y Arturo son las columnas sólidas — muy sólidas — sobre las que ahora descansa el edificio teatral español. Ellos serán los que nos salven a

todos de la ruina; ellos tienen, hoy por hoy, un carácter providencial... Sin ellos, la crisis del teatro, de que tanto se habla, llegaría a un límite máximo.

Mucho tendrán que agradecerles desde *el más allá* Calderón, Lope y Tirso...

¿Quién se lo hubiera dicho a Mariano y a Arturo?...

¿QUÉ PREPARA USTED?...

He recibido dos o tres cartas de amabilísimos compañeros en la Prensa, y en las que se me hace esta pregunta, que me sonroja:

— ¿Qué prepara usted para la próxima temporada de invierno?...

En realidad, yo no preparo nada; lo que quiero estrenar lo tenía preparado desde el año anterior y desde otros más anteriores que el próximo pasado...

Lo que desde luego preparo — estoy haciendo gran acopio — es paciencia para aguantar las cosas feas que me diga la gente si llego a obtener un éxito mediano, y resignación para percibir las protestas de los descontentadizos, si no acierto en nada...

¡Y también preparo la pluma para criticar la obra ajena, ya que la mía no faltará quien me la critique!

Y, por último, me preparo para recibir la sorpresa de que todas y cada una de las comedias mías que obran en poder de los varios conjuntos artísticos, no lleguen a estrenarse nunca.

¿No ven ustedes que tengo la mala suerte de ser periodista? Con nosotros todo el mundo está cumplido.

Entre cómicos, periodistas y soldados..., cumplimientos excusados.

CONSEJOS

Aconsejamos:

A Paco Morano, que no se ponga el sombrero de paja novísimo con que quiere *epatar* a todos los cómicos españoles.

A Miguel Muñoz, que se decida a dejar de presidir el Sindicato de Actores.

A Nicolás Navarro, que no se case.

A Valeriano León, que sí se case.

A Carmen Moragas, que no forme compañía.

A Mercedes Pérez de Vargas, que tampoco la forme.

A Luisa Rodrigo, que no se marche de Lara.

A Juan Bonafé, que vaya buscando otro teatro, porque el Centro se acabó.

A Antonia Plana, que busque teatro también.

A Chicote, que renueve su compañía.

A Paco Alarcón, que se resigne.

A Eloísa Muro, que también se resigne.

A Enrique Suárez, que varíe de disco.

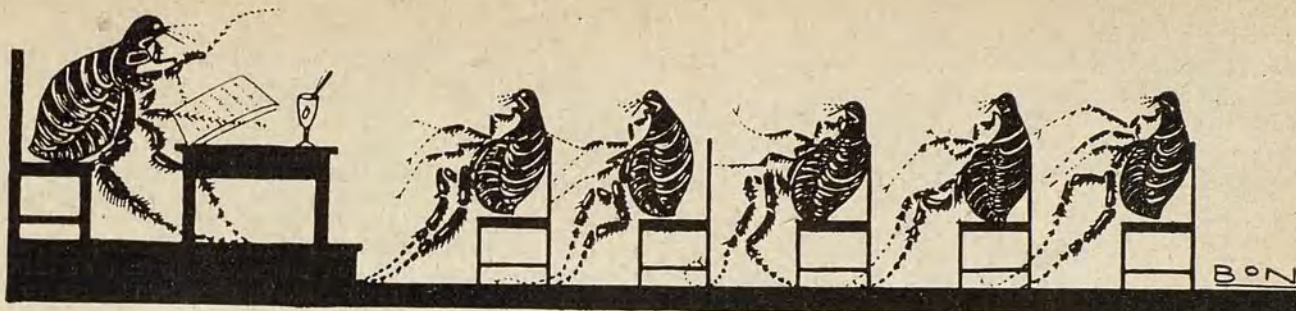
A Ballester, Marcén y Barreto, que se den una vuelta por el paseo de Gracia, ¡a ver si se pega algo!

José L. MAYRAL



Dib. ESPLANDIU. — Madrid.

ELLA. — ¡Qué gran temperamento de artista tiene!... Todo el día se lo pasa tumbado.



MEMORIAS DE UNA PULGA

NOVELA, POR J. SAN GERMÁN OCAÑA. — ILUSTRACIONES DE BON

(CONTINUACIÓN)

Y ¿qué decir de mis antenas? ¡Oh, mis dos antenitas, flexibles como el cabello de un niño recién nacido, eran adorables! Poseían el color rojizo mate de la cáscara de castaña cocida, y se elevaban y se encogían sobre mis ojos con una coquetería innata que en vano otras jovencuelas intentaban imitar.

Con estos alicientes físicos y la gran libertad de que disponía para salir sola, obligada a subvenir a todas las necesidades de mi vida, no extrañará a nadie que me viera de continuo asediada por el galanteo de cortejadores y pretendientes callejeros de todas las edades y de todas las categorías sociales. Los más descarados eran los viejos. ¡Qué palabrotas y qué ademanes tuve que oír y que ver! Recuerdo uno, de entre todos, que me producía una aversión invencible. Se llamaba Tulizol, y era tuerto y zambo de las patas traseras. Debido a este último defecto, saltaba siempre de medio lado y no precisaba con exactitud las distancias. Por eso, un día, al lanzarse sobre la mano del *chauffeur* del marqués, cayó de cabeza en la lumbre del cigarro y se abrasó un ojo. Tulizol era un pulga bastante entrado en años, y creo que se teñía las canas revolcándose en el borde de un tintero. Me perseguía con tanta tenacidad y me piropeaba con frases tan groseras, que llegó a ser mi pesadilla. Le huía como a un enemigo.

Una noche me esperó en la puerta del cuarto de baño. Oía a finta que apestaba.

— Tengo que hablar con usted, encantadora Tolita — me dijo guiñando el ojo sano.

Yo, sin ocultar mi repugnancia, le contesté:

— Usted dirá, Tulizol. Sea breve, porque tengo mucha prisa.

El, con su acento más dulce, me propuso:

— Tolita, soy viudo y sin hijos. Si usted me quiere, pienso ponerle un cuarto regío en el tercer piso del catre de la cocinera. Hay ascensor.

Me quedé sin habla. ¡Qué atrevimien-

to! El rubor me quemaba las mejillas. Aquel viejo fauno pretendía olvidar que yo era una pulga doncella. Quizás abusaba porque no tenía un padre o un hermano para defenderme. Le rechacé sin decir palabra y proseguí mi camino llena de sollozos. Pero Tulizol no se dio por vencido. De tres o cuatro saltos desiguales logró ponerse delante de mí, hincó en el suelo sus rodillas zambas y suplicó:

— Oígame usted, Tolita. ¡Por favor! No me rechace sin oírme. Quizás ha llegado hasta usted lo que dicen por ahí mis enemigos para desacreditarme. Le juro a usted que no es cierto que yo tenga un hijo natural. Eso es una calumnia. Yo soy un caballero... Yo la amo a usted...

Y lloraba. Me dió pena y miedo. Hincado de rodillas ante mí, su ojo vacío, sin pupila y sangriento, me inspiró una idea que me parecía salvadora.

— No puede ser, no puede ser, Tulizol — exclamé —. Yo no podría amarle. Es usted tuerto.

— Me pondré un ojo de cristal — sollozó.

— No es bastante.

— Me pondré dos.

— Imposible... ¡Váyase!... Soy muy joven.

Se incorporó con aire sombrío.

— Está bien — murmuró —. Voy a suicidarme. Moriré aplastado bajo el

primer pie que pase por aquí. Mi vida sin usted no tiene razón de ser.

— No sea tonto, Tulizol — repliqué conmovida —. Hay muchas pulgas tan hermosas como yo. Busque, y no se desespere. No es usted viejo todavía...

— Yo no puedo ya querer a ninguna. Usted me ha dado un filtro infernal. ¡Ah, Tolita, yo había soñado con que los dos pusiéramos nuestras tiernas larvas en un nido de pelusas, al abrigo de la lona del catre!... Veo que todo ha sido un sueño...

— Comprenda usted — hube de interrumpir en son de despedida — que yo no he alentado jamás esas ilusiones imposibles. ¡Adiós, Tulizol!...

Me separé de él y emprendí mi camino pasillo adelante. Apenas había andado cuatro pasos, sentí un rugido y observé con horror que me tiraban de una pata. Era Tulizol, frenético y enloquecido, que gritaba:

— ¡Me has de querer, pulga coqueta, hija de un *nigua*!...

— ¡Favor, favor! — exhalé en medio de la noche.

Tulizol me arrastraba como a una pulguezuela sin honra. Su ojo bueno fulguraba chispas. La cuenca hueca del otro ojo aparecía roja, inyectada en sangre.

— ¡Auxilio, que me ultrajan! — vociferaba yo, trémula y sin aliento.

— ¡Has de ser mia o de nadiel... ¡Tie-





nes que ser la madre de mis hijos! — clamaba él sordamente.

Me echó las uñas al cuello. Me sentía desfallecer en la lucha. Mi corazón iba a romperse desesperado.

— ¡Vas a ser mía a la fuerza! — decía jadeante, intentando darme un beso.

— ¡Nunca! — gemí —. ¡Antes que perder la honra, prefiero morir asesinado!

Forcejeamos al borde de la alfombra, que para mí era el borde del abismo. Yo, sin fuerzas, estaba a punto de desmayarme. Entonces ocurrió una cosa insólita. Dando terribles saltos y profiriendo blasfemias llegó un pulga joven y rubio, atenzó al tuerto por una antena, y de un certero puntapié le hizo rodar lo menos un centímetro de alfombra.

— ¡Canalla, viejo sátiro!... — le apostrofaba mi salvador —. ¿Ese es el valor de que blasonas?... ¿Con viejos y con doncellas lo demuestras?...

Tulizol, despechado, amenazaba tumbarlo en tierra:

— ¡Te he de matar, Miltu!...

— ¡Anciano, la lengua ten! — le aconsejó el joven, pálido de ira —. Si vuelves a ofender a Tolita, te voy a descuartizar como una res destinada por su dueño al matadero.

Miltu corrió a mí y me levantó. Observé que por delicadeza procuraba apartar su vista de mi vientre descubierto.

— ¡Gracias, mil gracias, Miltu! — le expresé con los ojos humedecidos por la gratitud.

Miltu bajó los ojos con modestia y apenas pudo modular esta frase:

— No he hecho más que cumplir con mi deber, Tolita.

Nos estrechamos las uñas. La suya estaba febril y se estremeció al contacto con la mía.

Me acompañó galantemente hasta mi

casa. Por el trayecto fué silencioso. Yo me creí obligada a recordarle:

— Es la segunda vez que me socorres, Miltu. ¿Te acuerdas de la primera? Fué en nuestro parque de recreos, un día que me caí jugando al balón...

— Me acuerdo, Tolita — murmuró melancólico —. Hace mucho tiempo que no puedo olvidar nada de lo que a ti se refiera...

No me dijo más. Pero bien penetré yo la intención de aquella indirecta de mi amigo de la infancia. Era induda-

ble que me amaba en secreto. Por mi parte, aquella noche, durante muchos minutos de insomnio pasados en el sofá de paja de alpiste, comprendí que también amaba a Miltu. Nunca me había sido indiferente. Era apuesto y galán, bravo y cortés, y me mostró siempre una simpática preferencia sobre todas nuestras compañeras de juegos.

Pero el gesto heroico de mi salvamento, su actitud caballerosa y conmovida, fueron las llaves de oro que abrieron repentinamente el hasta entonces cerrado jardín de mi alma, donde empezaba a florecer el divino sentimiento amoroso. Si, yo amaba a Miltu... ¡Era mi tipo!...

VIII

Jamás ha sido una pulga tan amada como yo.

Aunque fugazmente, la felicidad tejó para mis sueños de mocita sus mejores guirnaldas. Miltu llegó a sentir por mí verdadera idolatría. No será necesario advertir que yo le correspondía con la misma intensidad. Fué el nuestro un amor platónico, lleno de honestidad y de promesas, y durante muchas noches paseamos nuestro idilio por todos los corredores y por todos los recovecos de

la cama de la marquesa, con el cuidado de que mi madre no se diera cuenta de aquellas relaciones, que no vacilaría en condenar y prohibirme, inspirada por sus inclinaciones a la grandeza. Miltu, a quien no satisfacía la sangre azul, porque su paladar y su estómago estaban acostumbrados al gordo líquido de las doncellas y del mozo de comedor, dióme una inequívoca prueba de cariño trasladando su comedero donde yo lo tenía, a fin de no separarnos más que el tiempo preciso para dormir. Este sacrificio acabó de volverme loca por él, sobre todo cuando me dijo que el súbito cambio de alimentación le produjo algo de hiperclorhidria.

Por aquellos días se me revelaron cosas misteriosas que no quiero dejar inéditas, porque ellas habían de ser luego el origen de mi tragedia. Mis amores con Miltu fueron bien pronto públicos en toda nuestra barriada del cuarto de baño. No se olvide que mi novio era vecino mío. Menos mi madre, a quien no hablaba ninguna pulga de la vecindad, todo el mundo estaba al tanto de nuestras relaciones amorosas. Esto dió margen a que la maledicencia y la murmuración se cebaran con el mayor descaro sobre mi madre y sobre mí, soliviantados los viejos odios que merecíamos por alguna falta que hasta entonces no aparecía con claridad a mi discernimiento.

Desde luego, interpretando a mi modo las insidias que oía al pasar, sospeché que mi madre habría cometido en su juventud cualquiera ligereza reprochable.

(Se continuará.)





Dib. RAMÍREZ. — Madrid

— Lo que es como me vean mis amigos, van a decir que me has tomado por tiesto... Aunque ya saben que por tiesto..., ¡que por ti... estoy que ni vivo!



Dib. BLUFF. — Madrid.

- ¿No le dije a usted que lo pintase en una misma línea?
 — Es que...
 — ¡Basta! ¡No le tolero a usted una palabra más alta que otra!

¡TRES PÉRDIDAS IRREPARABLES!

(Lamentos de un pobre hombre, desgraciadísimo y que está solo en el planeta.)

¡Adiós, Facundo!
 Sin decir a nadie nada,
 te marchaste al otro mundo...
 ¡Ya no vuelvo a verte más!
 ¡Y decías que me amabas,
 y te vas!...

(Conocidísima canción cómica (¿¿!!??) que los ha inspirado el siguiente exabrupto, ¡y tan bruto!)

ACTO I

¡He perdido cuarenta y cinco duros en el treinta y cuarenta, en el Casino!
 ¡Yo pensaba salir pronto de apuros..., y la contraria vino!!...
 ¡Al final me quedaba una peseta, y con ella soñé en hacer fortuna!
 ¡Me acerqué confiado a la ruleta..., y no acerté ni una!!...
 ¡Adiós, peseta!
 ¡Tú, lo mismo que las otras, te marchaste a la... rruleta! (Esto con mucha rrrabia.)
 ¡Ya no te volveré a ver!!
 ¡Con la falta que me hacías pa comer!...

ACTO II

¡He perdido un abrigo de entretiempo, con el cual de elegante presumía!
 ¡Pero tuve otro apuro hace algún tiempo... y fui a empeñarlo un día!!...

¡Lo peor del empeño del abrigo no es el que haya vencido el mes pasado!
 ¡Sino que era de un distinguido amigo..., que me lo dió prestado!!
 ¡Adiós, abrigo!
 ¡Aun no sabe el pobre Pepe que tú ya no estás conmigo!
 ¡Y aunque verte esperará, yo sé que ni por el forro te verá!!

ACTO III

¡He perdido a mi esposa el otro día, y, aunque no llevo luto, la he llorado!
 ¡Pues yo nunca pensé que la perdía... al mes de estar casado!!
 ¡Tuvo el tifus, y estuvo desahuciada...; pero al fin se salvó, y se puso buena!
 ¡Y anteayer... se ha fugao con Juan Celada, y se ha ido a Cartagena!!...
 ¡Adiós, Celada!
 ¡Como amigo te quería, y me has hecho una guarrada!
 ¡Pero tú las pagarás, pues te llevas un regalo!
 ¡Ya verás!!...

(Se ríe sardónicamente. El público, con seguridad, no se ríe. Y da fin la tragi-comedia.)

ABAJO EL TRAPO

NÉSTOR O. LOPE.



Dib. MATEOS. — Valencia.

- ¿El convaleciente de la cama veintiocho habrá salido de paseo, según indiqué ayer?
 — Sí, señor doctor. Lo sacaron esta mañana en coche...
 — ¿Sus parientes?...
 — No, señor; los de pompas fúnebres.



¡MUJER!

BELLEZA, PLACERES,
ILUSIÓN...

SELLO YER

SALUD, ALEGRÍA,
BIENESTAR...

Suprima usted los dolores nerviosos
y será usted dichosa

DEL BUEN HUMOR AJENO

EL AMOR AL PRÓJIMO, por Leónidas Andreiev

(CONCLUSIÓN)

EL CORRESPONSAL. — Todo es posible menos que haya caído del cielo... Pondremos que es sonámbulo. El desgraciado joven (*Escribiendo.*) padece desde su infancia accesos de sonambulismo... Salíó del hotel a media noche sin que nadie le viese... La luz de la Luna...

EL PRIMER TURISTA INTERPRETE (*en voz baja*). — Ahora no hay Luna.

EL SEGUNDO TURISTA INTERPRETE. — No importa. El público no sabe Astronomía.

EL TURISTA GORDO. — ¡Oyes, Macha? Ahí tienes un ejemplo asombroso de la influencia de la Luna sobre los seres vivos de la creación. ¡Qué terrible tragedia! Brilla la Luna, el sinventura trepa a lo alto de una roca inaccesible...

EL CORRESPONSAL (*a voz en cuello*). — ¿Qué siente usted?... ¿Qué?... ¡No le oigo!... ¡Ah, yal...! ¡Sí, sí!... En efecto, su situación no es envidiable.

VOCES. — ¡Escuchad, escuchad!
EL CORRESPONSAL (*escribiendo*). — El horror paraliza sus miembros y hiela la sangre en sus venas... Ha perdido toda esperanza... Piensa en el lejano y dulce hogar, en la mujer haciendo empanadas, en sus angelicales hijos jugando a la gallina ciega, en su anciana madre sentada junto a la chimenea, con la pipa en la boca...

UNA VOZ. — Será su anciano padre.
EL CORRESPONSAL. — Su anciano padre. Ha sido un lapsus... La compasión del público le conmue-

ve en extremo... Desea que su último pensamiento vea la luz pública en este periódico.

LA SEÑORA BELICOSA. — ¡Cómo miente ese señor! MACHA (*melancólica*). — ¡Ya va a caer, papá!

EL TURISTA GORDO. — ¡Déjame en paz!

EL CORRESPONSAL (*a voz en cuello*). — La última pregunta: ¿qué desea usted decirles, antes de morir, a sus conciudadanos?

EL DESCONOCIDO (*con voz débil*). — ¡Que se vayan al diablo!

EL CORRESPONSAL. — ¿Qué?... ¡Ah, yal...! ¡Sí, sí!... (*Escribiendo.*) Cariñoso saludo de despedida... Decidido adversario de las leyes en favor de los negros... Su último deseo es que éstos...

UN PASTOR PROTESTANTE (*abriéndose paso entre la multitud*). — ¿Dónde está? ¡Ah, ya le veol...! ¡Pobre joven!... Señores, ¿no hay aquí ningún otro miembro del clero? ¿No? ¡Gracias! ¡Yo he llegado el primero!

EL CORRESPONSAL (*escribiendo*). — Momento solemne... Llega el confesor... Silencio religioso... Muchos espectadores lloran...

EL PASTOR. — Permitanme, señores... Esa alma extraviada quiere reconciliarse con Dios. ¿Verdad, hijo mío (*irrigiéndose a gritos al desconocido*), que quiere usted reconciliarse con Dios? Confíeseme sus pecados y le daré la absolución... ¿Qué?... ¡No le oigo!

EL DESCONOCIDO (*escribiendo*). — Se oyen sollozos por doquier... En términos conmovedores, el sacerdote le habla de ultratumba al criminal, digo, al desgraciado, que le escucha con lágrimas en los ojos...

EL DESCONOCIDO (*con voz débil*). — Si no se retira usted de ahí, le caeré encima. Peso noventa kilos.

(Los espectadores próximos a la roca retroceden asustados.)

VOCES. — ¡Ya cael...! ¡Ya cael...

EL TURISTA GORDO (*emocionado*). — ¡Machal...! ¡Sachal...! ¡Petkal...

EL PRIMER GUARDIA. — ¡Señores, apartense, se lo ruego!

LA SEÑORA. — ¡Nelli, corre a llamar a papá! ¡Dile que ya cael!

EL PRIMER FOTÓGRAFO (*desesperado*). — ¿Qué hago yo ahora, Dios mío? No he cambiado la placa, y las nuevas las he dejado en el bolsillo del gabán. ¡Y ese hombre es capaz de caer en cuanto yo vuelva la espalda! ¡Qué terrible situación!

EL PASTOR (*al desconocido*). — Dése usted prisa, joven. Haga acopio de fuerzas y confíeseme sus pecados... Al menos, los principales: los menudos puede callárselos.

EL TURISTA GORDO. — ¡Qué tragedia!
EL CORRESPONSAL (*escribiendo*). — El criminal, digo, el desgraciado, se confiesa públicamente... Terribles secretos se descubren...

EL PASTOR (*a voz en cuello*). — ¿No ha matado usted a nadie? ¿No ha robado? ¿No ha cometido ningún adulterio? (*Apresuradamente.*) ¿No ha cometido ningún sacrilegio? ¿No ha codiciado el asno, el buey, la esclava o la mujer de su prójimo?

EL TURISTA GORDO. — ¡Qué tragedia!
EL PASTOR. — Mis parabienes, hijo mío. Se ha reconciliado usted con Dios. Ahora puede usted caer tranquilo...

EL DESCONOCIDO. — ¡Guardias, guardias!... (*Emoción general.*)

VOCES. — ¿Qué le pasa?... ¿Qué quiere?...
EL DESCONOCIDO (*con voz nada débil*). — ¡Llévense a ese hombre! Y díganle al fondista que no puedo más.

VOCES. — ¿Qué dice?... ¿De qué fondista habla?... ¡El desgraciado se ha vuelto loco! (*Vase el pastor.*)

EL TURISTA GORDO. — ¡Hijos míos, qué tragedia! ¡El sinventura ha perdido el juicio! ¿Os acordáis de Hamlet?...

EL DESCONOCIDO (en tono desapacible). — Diganle que me duelen los riñones.

MACHA (melancólica). — ¡Papá, le tiemblan las piernas!

KATIA. — Son convulsiones, ¿verdad, papá?

EL TURISTA GORDO (entusiasmado). — No sé. Creo que sí. Pero ¡qué tragedia!

SACHA (malhumorado). — Son las convulsiones de la agonía... ¡Papá, yo no puedo más!

EL TURISTA GORDO. — ¡Qué fenómeno, hijos míos! Un hombre que de un momento a otro se va a romper la crisma, se queja de dolor de riñones.

(Unos cuantos turistas furiosos llegan empujando a un señor de chaleco blanco, muy asustado, que sonríe y hace reverencias a todo el mundo, y, de cuando en cuando, trata de huir.)

VOCES. — ¡Es una burla intolerable! ¡Guardias, guardias!...

OTRAS VOCES. — ¿De qué burla hablan?... ¿Quién es ese hombre?... ¡Debe de ser un ladrón!

EL SEÑOR DEL CHALECO BLANCO (sonriendo y haciendo reverencias). — ¡Ha sido una broma, respetables señores! El público se aburría...

EL DESCONOCIDO (furioso). — ¡Señor fondista!

EL SEÑOR DEL CHALECO BLANCO. — ¡En seguida, en seguida!

EL DESCONOCIDO. — ¡Yo no puedo estar aquí eternamente! Habíamos convenido en que estaría hasta las doce, y ya es mucho más tarde.

EL TURISTA ALTO (fuera de sí). — ¡Oyen ustedes? ¡Ese sinvergüenza del chaleco blanco ha contratado a ese otro sinvergüenza y le ha atado a la roca!

VOCES. — ¿Cómo?... ¿Está atado?...

EL TURISTA ALTO. — ¡Claro! ¡Está atado, y no puede caer! ¡Y nosotros esperando, llenos de angustia!

EL DESCONOCIDO. — ¿Querían ustedes que me rompiera la crisma por veinticinco rublos?... Señor fondista, no puedo más. Por si no me bastaba con el dolor de riñones que tengo, un pastor se ha empeñado en ayudarme a bien morir. ¡Eso no estaba estipulado en el contrato!



PSICOLOGÍA FEMENINA

- ¿Qué le parece a usted mi amiga la señora de Montsoreau?
- Muy guapa.
- ¿Y mi otra amiga, la condesa de Saint-Aydredon?
- ¡Qué encantadora mujer!... ¡Es tan espiritual!...
- ¡Hoy no me dice usted más que cosas desagradables!...

(De GERBAULT, en *Le Rire*, de París.)

SACHA. — ¿Ve usted, papá? ¿No le da vergüenza tenernos todo el día en pie, y sin comer, para esto?

EL SEÑOR DEL CHALECO BLANCO. — El público se aburría. Mi deseo era amenizarle un poco la vida.

LA SEÑORA BELICOSA. — Pero ¿por qué no cae?

EL TURISTA ALTO. — ¡No se puede engañar así a la gente!

EL SEÑOR DEL CHALECO BLANCO. — El público se aburría..., y yo, para proporcionarle unas horas de tensión nerviosa..., contando con sus sentimientos altruistas...

EL TURISTA ALTO. — ¿Es de usted el buffet?

EL SEÑOR DEL CHALECO BLANCO. — Sí, señor.

EL TURISTA ALTO. — Y el hotel también, ¿no?

EL SEÑOR DEL CHALECO BLANCO. — Sí, señor. El público se aburría...

EL CORRESPONSAL (escribiendo). — El dueño del hotel, explotando los mejores sentimientos humanos...

EL DESCONOCIDO (furioso). — Pero ¿hasta cuándo va usted a tenerme aquí, señor fondista?

EL SEÑOR DEL CHALECO BLANCO. — ¡Un poco de paciencia, joven! ¡No sé de qué se queja usted! Veinticinco rublos, las noches libres...

EL DESCONOCIDO. — ¿Quería usted que durmiera aquí?

EL TURISTA ALTO. — ¡Son ustedes unos canallas! ¡Han explotado de un modo indigno nuestro amor al prójimo! Nos han hecho sentir terror, lástima, y ahora resulta que el desventurado, ¡el supuesto desventurado!, cuya caída estábamos esperando, está atado a la roca y no puede caer.

LA SEÑORA BELICOSA. — ¿Cómo?... ¿No faltaba más!... ¡Es preciso que caiga!

(Llega jadeante el pastor.)

EL PASTOR. — ¿Aun vive ese joven? ¡Qué fuerte!

UNA VOZ. — ¡Las fuertes son las ligaduras!

EL PASTOR. — ¿Qué ligaduras? ¿Las que le atan a la vida? ¡Oh! La muerte las rompe con facilidad.

Afortunadamente, su alma está ya purificada por la confesión.

LA SEÑORA BELICOSA (avanzando amenazadora hacia el señor del chaleco blanco). — ¡No puedo permitir que se me engañen! He visto a un aviador estrellarse contra un tejado; he visto a un tigre despedazar a una mujer...

UN FOTOGRAFO. — ¡Las placas que he gastado fotografiando a ese canalla, me las pagará usted, señor!...

EL SEÑOR DEL CHALECO BLANCO (retrocediendo). Pero ¿cómo quieren que le obligue a caer? ¡Se negaría rotundamente!

EL DESCONOCIDO. — ¡Claro que me negaría! Yo no me estrello por veinticinco rublos.

EL PASTOR. — ¡Qué granuja! ¿Para eso he arriesgado mi vida confesándole? Porque he arriesgado mi vida, señores, exponiéndome a que cumpliera su amenaza y se me dejara caer encima.

MACHA (melancólica). — ¡Papá, un policia!...

EL TURISTA GORDO. — ¡Señor policía, hemos sido víctimas de una impostura, de una granujada!...

EL PASTOR. — ¡El joven de la roca es un infame, un criminal!...

EL POLICIA. — ¡Calma, señores, calma!... ¡Eh, amigo!... (Dirigiéndose al desconocido.) ¿Está usted dispuesto a caer, o no?

EL DESCONOCIDO (resueltamente). — ¡No, señor!

VOCES. — ¿Ve usted? ¡Es un cinico!

EL TURISTA ALTO. — Escriba usted, señor policía: «Explotando el santo amor al prójimo..., el sentimiento sagrado que...»

EL TURISTA GORDO. — ¿Oís, hijos míos?... ¡Qué estilo!...

MACHA (melancólica). — Papá, mira qué anuncio viene por ahí.

(Aparece, seguido de un grupo de músicos, un sujeto que lleva en lo alto un palo con un cartel, con este letrero al pie de la efígie de un hombre de largos cabellos: «Yo era calvo.»)

EL SUJETO DEL CARTEL (deteniéndose y a grito herido). — Nací calvo, y seguí mucho tiempo siéndolo. Me casé con la cabeza monda como una perinola, y mi mujer...

(Todos escuchan atentísimos, incluso el policía.)

EL TURISTA GORDO. — ¡Qué tragedia!... ¡Recién casado, y calvo!...

EL SUJETO DEL CARTEL (enfáticamente). — Mi dicha doméstica, señores, llegó a estar en peligro. Todos los pretendidos remedios contra la calvicie que industriales sin conciencia...

EL TURISTA GORDO. — ¡Toma nota, Petka!

LA SEÑORA BELICOSA. — Pero ¿cae ese joven, o no?

EL SEÑOR DEL CHALECO BLANCO. — Otro día caerá, señora. Le prometo a usted que cuando vuelva a utilizarlo, no lo ataré tan a conciencia.

A. R. H.

EL HALLAZGO DE FILOMENO

Madrid 18 agosto 1923.

Cerida Esposa esta, es para de cirte que aun entoavía noe ido al Balneario donde como tu dices me van a hechar medias suelas ala saluz porque, mea sido imposible pasal por madriz y no disfrutarlo hunos dias.

Bueno ay, cada señora por aquí que no save humo pa adonde mirar. De guapas que son Sin que se adespriate a ti que tambien me gustavas cuando mos case-mos ay cauna con hunos ojos asi y, una boca asi y bueno todo asi que mejorando lo presente le dislocan al ucero de lalba.

Lo que mas machocao es lo limpi-tos que tienen los dientes y deseguidae

pensau sera que no comen ya, sabes lo de pronto que me bieren ami las ideas a la cabezota pero, luego en la fonda ma dicho el garzon se llama asi al camarero en francia Que es que todas las señoritas gastan una cosa que se llama Sanolán que deja la boca que chica da gusto Como aun entoavía estare unos dias en los madriles dime si te decides a limpiate los dientes Y te llebaré ese maravilloso elisir como dice el garzon que lo llaman.

Adios ugenia Ya saves lo muchismo que taprecia y Que no tengas zelos tu esposo quello es

FILOMENO.

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial.

LOGROÑO

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales, ni se mantiene correspondencia acerca de ellos. Bastará esta sección para comunicarnos con los colaboradores espontáneos.

Voló. Madrid. — Sabbi. Barcelona. — Se publicarán sus dibujos.

A. V. Madrid. — No sirve su *Noche de bohemia*. El *«diablo Negro. Madrid.»* Como la única idea ingeniosa de su artículo es la primera, ¿tendría usted inconveniente en que se publicara suelta en nuestra sección *El buen humor del público?* Es la única posibilidad de colocarlo. Esperamos sus órdenes.

Calixto Rulo Blázquez y José Villalobos Moreno, sargentos del batallón de cazadores de Segorbe, número 12 «ametralladoras», en Zoco Arbaa (Tetuán); Manuel Borrel, del regimiento mixto de Artillería, tercera batería de montaña, quieren una madrina de guerra. El último desearía que ésta le mandase novelas. Nos parece un deseo muy lógico y muy espiritual.

M. V. El Ferrol (Coruña). — ¡Ay, qué gracioso!

«R. I. P.

«Moribunda en su gran lecho, de lágrimas los ojos llenos, al lado de un esclavo, un helecho, y al otro lado varios morenos. La gran reina de Saptutala su vida se apaga, y muere triste cual una infelice bengala o un canario sin alpiste... El sultán contempla furioso el idiotizado rostro de la sultana, y se avergüenza de ser esposo de tan grandísima marrana. Silencio. Ya la noche envolvió con su negro manto la tierra, un esclavo la luz encendió, y la sultana dejó esta vida perra...»

«MANUEL VERDUGO (WILLY).

«P. D. — Tengo varias parecidas. A su menor indicación las mandaré. — Vale.»

«Ca, hombre! ¡No las mandel! ¿Ha dicho usted Willy? ¡Vaya!

«J. Algha. — ¡Caramba, hombre! ¿Se lo ha sacado usted de su cabeza?

B. G. Madrid. — Difuso (no es un insulto).

V. P. Valencia. — Sus dibujos son un par de birrias.

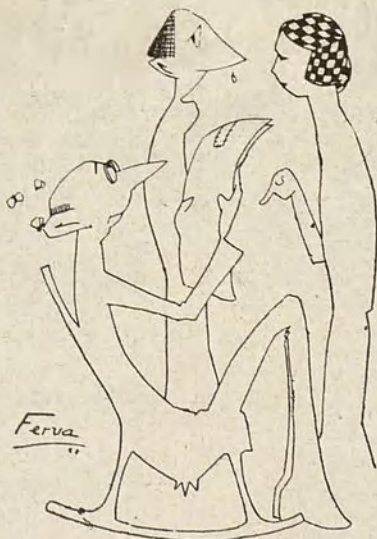
Pedro Virule y Victoriano Fontán, del regimiento de Infantería de Ceriñola, número 42 (Ceuta), quieren madrina de guerra.

Fernán Egara. Barcelona. — ¡Hombre!... ¡Ya teníamos nosotros ganas de echarnosle a usted a la cara! Publicamos una cosa de usted, sí, señor, porque estaba muy graciosa.

Al poco tiempo recibimos una carta de un lector de la República Argentina, que nos acompañaba el original francés de su artículo, traducido literalmente por usted para meter un camelo a los de la odiosa meseta.

¿Y dice usted que responde de la originalidad? ¡Caramba, hombre!

Armando Figueroa, Fernando Conde y Juan José Martínez, de la compañía de Telégrafos de campaña, en Dar-Drius (Melilla), quieren sendas madrinas de guerra. Celebraremos que las consigan.



Dib. FERVÁ.

— Te advierto, Domitilo, que mi marido ya tiene la mosca en la oreja.

AMADOR

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

Gondolija. Zaragoza. — Bueno... Y ¿qué quiere usted que le digamos? Hemos enseñado esas consonantes que brinda al Sr. Jardiel Poncela, y el hombre sufre tal ataque de enajenación mental, que desde hace tres días está haciendo juegos malabares con una esponja, una flauta y una mesa de billar.

El millón de marcos continúa bueno, gracias al Sumo Hacedor.

R. M. Bilbao. — Nosotros no tronchamos nada, joven; pero esto no lo publicamos. Vale muy poco. *Busote Gijón. —* Se publicará su mono.

J. B. Gijón. — No se puede publicar, está histo.

F. C. — No sirve.



R. M. Alicante. — No sirve.

El Moro Muza. Cabezón de la Sal (Santander). — Sentimos mucho que las noticias no sean tan gratas como usted las espera. Comprenderá usted que eso no tiene gracia ni originalidad. Dice así: «Paseaba Cabo Moreno por la Segunda Caseta y se encontró con una Si-imuza de Rostro Gordo y Tetas de Nador...» Y no vale la pena, aunque usted dé la preferencia de su envío a BUEN HUMOR antes que a otro periódico.

¡Ah! Conste que lo que publicamos es la mitad del trabajo del Moro Muza, que es lo más ingenio de Cabezón de la Sal.

No lo pienses más, Manolo; para que ella no te olvide, has de usar Licor del Polo de Orive.

L. M. V. Madrid. — Usted, aunque jovencito, podrá responder de la originalidad del dibujo en un raptó de ingenuidad; pero como sería excesivamente pueril que no viésemos que el borracho procede de un dibujo de López Ruiz, el caballero de un dibujo de Cyrano y el guardia de otro de Muro, publicados los tres en nuestra revista, no podemos disculpar que tan jovencito se dedique ya al fusil descaradamente.

Zenón. Madrid. — Se queja usted de lo que tardamos en publicar los originales enviados por los espontáneos. Tenga en cuenta que no andamos muy sobrados de espacio, y que si dedicásemos todo el número a Zenón y a otros señores como él, ya podríamos ir despidiéndonos de vender una perra gorda.

UN RUEGO

Con la elegancia que nos caracteriza, rogamos a *El Pueblo Vasco*, de San Sebastián, que cuando copie un mono, con pie y todo, de BUEN HUMOR, diga al menos su procedencia.

No es por nada, claro; es que nos regocija en extremo ver cómo se extiende nuestra fama por el planeta.

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.» Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

Un señor calvo está muy atareado en la calle refregando la cabeza con la pared. Un guardia que pasa se queda extrañado de aquella operación y le dice:

- Caballero, ¿para qué hace usted eso?
- Hombre, para ver si me nace el cabello, porque como soy calvo y esto es quina...

Cándido Colorado. — Sevilla.

— Caballero, ¿ha visto por aquí una pareja de guardias de Seguridad?

— No, señor; no he visto un alma.

— Pues, entonces, entégume la cartera, el reloj y todo lo que lleva.

Antonio Bayona. — Zaragoza.

— Sabrás que Isaac ha perdido la vista.

— ¡Cómo! ¿Que Isaac se ha quedado ciego?

— No, hombre, no. Que le ha sido fallada en contra aquella cuestión que tuvo con Paco.

Masto. — Madrid.

- Dígame al casero que no le puedo pagar.
- ¿Y mañana?...
- Mañana creo que es miércoles.

Fernando M. Anollínez. — Madrid.

— Chico, ¿te han dicho ya que nuestro amigo Gustavo ha fallecido hoy, a las cinco de la madrugada?

— ¡Anda, a mí no me pasaría esto, porque a esa hora aún estoy durmiendo!

E. G. G. — Madrid.

En el Paraíso.

— ¡YA (despertando a su compañero). — ¡Adán!... ¡Adán!... Que me parece que ha entrado un ladrón...

Un Vizcaíno. — Madrid.

El niño de la casa, hablando con el visitante, un escritor ilustre.

— Mi mamá me ha dicho que escribe usted en los periódicos. ¿Es verdad?

— Sí, nene.

— ¡Pobrecito!... ¿De modo que no tiene cinco céntimos para comprar un pliego de papel de cartas?...

Les Angeles de Seac. — Oviedo.

- ¿Cuál es el perro más barato?
- ¡...!
- El can-dado.

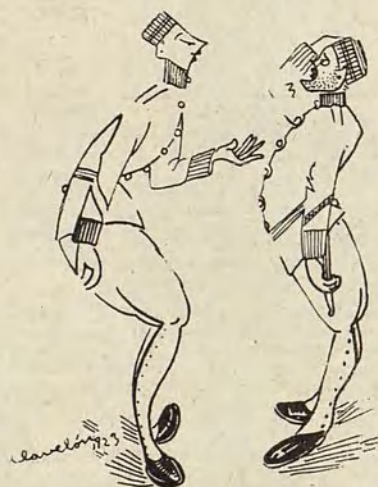
Gollega Anjú. — Madrid.

En el teatro.

EL ACTOR (desnudando la espada). — Por vuestro amor, de todo me siento capaz, duquesa... (Le da un beso de largo metraje.) Voy a matar a vuestro esposo.

UNO DEL PÚBLICO. — ¡Que nos lo brinde primero!

Vibara. — Madrid.



Dib. CLAVELÓN. — Málaga.

— Cabo Moreno, tú, que tienes gracia, ¿me quieres decir qué harías con el Krim?

— Sí, mi sargento: rellenar el colchón...

— ¿En qué se parecen las torrijas a los guardias?

— ¡...!

— En que para encontrarlos hay que ir a las tabernas.

El Diablo Negro.

- ¿De qué se alimenta la sardina?
- De lo que come.

La Perra Gorda y Compañía.

Fragmento de un diálogo.

— ... y entonces me introduje en la primera iglesia que encontré en mi camino, me aproximé a la capilla de San Pedro, y abrazándome a sus pies le supliqué me lo concediera.

— ¿Y por qué te abrazaste a sus pies?

— Pues, hombre, yo no sé si tú habrás oído decir que «la gracia está en los pies».

José G. M. — Albacete.

En un pequeño pueblecillo existía una fábrica de electricidad, en la que ocurrió un asesinato.

Dos labriegos, comentándolo, decían:

— ¡Parece mental! ¡Nunca se vió caso igual! ¡En un pueblo tan tranquilo como el nuestro!...

— ¡Bah! Esto no tiene importancia. Ya sabes que en una fábrica de electricidad todo es corriente.

Juan de España. — Madrid.

Entre dos amigos.

PEDRO. — ¿Conoce usted a don Juan?

ANDRÉS. — ¡Ah!... Sí. ¡Valiente ladrón!

PEDRO. — Sin embargo, tratándole y fijándose, parece que su fisonomía respira mucha honradez.

ANDRÉS. — Sí; pero tiene la respiración tan corta...

Jacinto Iglesias. — Albacete.

— ¡Ya podíamos estar aquí igual que en Nueva York, que tienen las casas cuarenta y cinco pisos!

— Pues estaría resuelto el problema de la vivienda.

— Y además creo que viven como los ángeles.

— Sobre todo el del último piso.

Amador Orio. — Bilbao.

— ¿Qué hombres no tienen celos?

— Los guardias civiles, porque cogen los presos y los amarran con sus esposas.

Toberal.

Ocurrencia.

Don Julio ve entrar a su criado en una taberna, y al llegar a su casa le dice:

— Me he asombrado al verte entrar en la taberna.

Pues más se hubiera usted asombrado si me ve salir.

M. T. Río T. K. Es. — Madrid.

El premio del número anterior ha correspondido a **Luis Martín, de Madrid.**

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

Diccionario Gráfico de Artes y Oficios

por J. LAPOULIDE. Cuadernos mensuales. Se ha puesto a la venta el tercero. Única biblioteca útil para el artista, el artífice y el amateur. 20.000 dibujos de elementos y estilos por orden alfabético. En todas las librerías, 2 pesetas cuaderno. Suscripción: trimestre, 5,50 pesetas; semestre, 10,50; año, 25, con derecho a lujosas tapas. Pedidos al autor, Cardenal Cisneros, 60, teléfono J. 17-18.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

APARTADO 12.142

MADRID

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas.
Semestre (26 —)	10,40 —
Año (52 —)	20 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas.
Semestre (26 —)	12,40 —
Año (52 —)	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	12,40 pesetas.
Semestre	16,50 —
Año	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12,—
Número suelto	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID

APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para teñir en el acto las canas. Sirve para el cabello, barba y bigote. Se prepara para negro, castaño oscuro y castaño claro. Es la mejor y la más práctica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis blanca fija y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran poder reconocido para



hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y en general todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis gran finura, hermosura y juventud. La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Redne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

Polvos Belleza Calidad superfin y los más adherentes al cutis.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.— Canarias: droguerías de A. Espinosa.— Habana: droguería de Sará, Teniente Rey, 41.— Buenos Aires: A. García, calle Florida, 139.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

BUEN HUMOR



Dib. MBL. - Madrid.

EL MIRÓN.—¡Ya decía yo que esa bola se iba por la corbata...!